

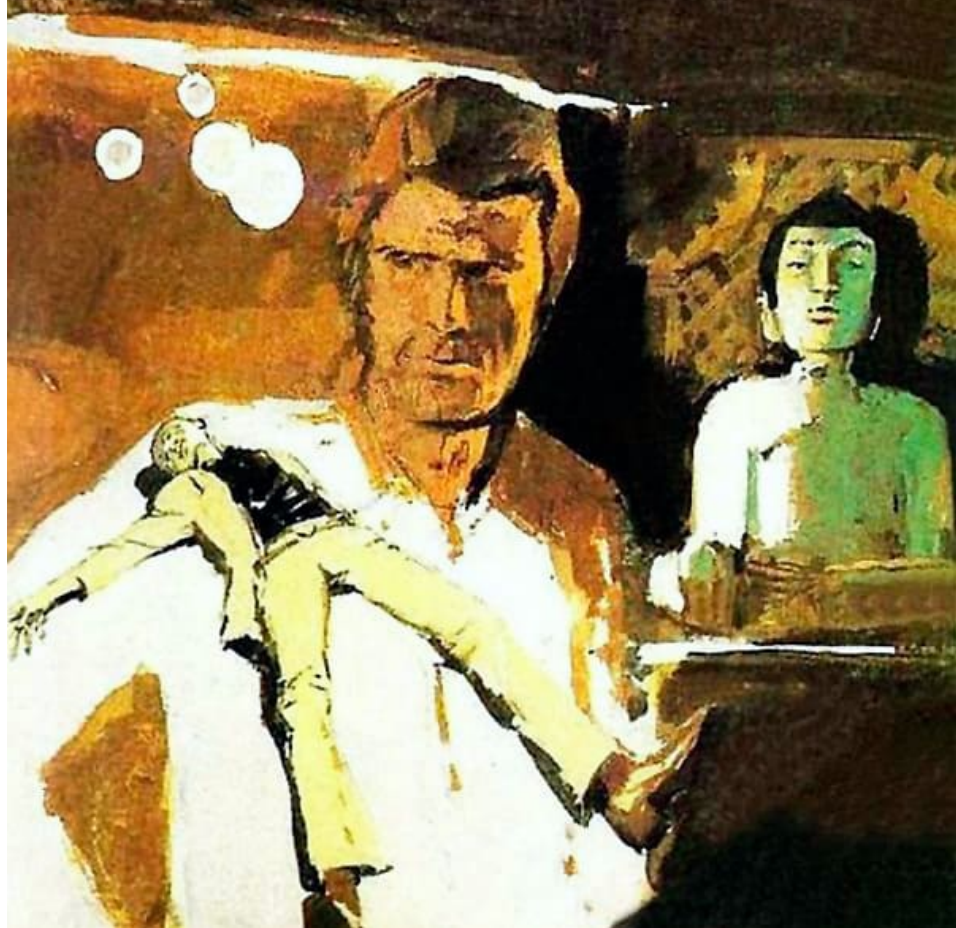
BOLSILIBROS
BRUGUERA

SERVICIO
SECRETO

SS

FINAL DE RUTA: LA TUMBA

*Clark
Carrados*



Salía de la tienda con unos paquetes en la mano y, después de sortear a unos cuantos transeúntes se situó en el borde de la acera, esperando la luz verde para los peatones. Los coches, en la calzada, se habían parado a muy pocos pasos de distancia y ya se disponían a arrancar. Entonces fue cuando oyó la voz femenina a su lado.

—A ese pobre le quedan muy pocos días de vida, quizá horas tan sólo.

Asombrado, Patrick Benn se volvió hacia la mujer que acababa de pronunciar tan fatídico vaticinio. Ella le dirigió una mirada inescrutable.

—Sí, a ése me refiero, al tipo del descapotable de color verde claro —añadió ella.



Clark Carrados

Final de ruta: la tumba

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1671

ePub r1.0

Lds 26.11.17

Título original: *Final de ruta: la tumba*

Clark Carrados, 1982

Cubierta: Desilo

Colección SERVICIO SECRETO n.º 1671. Bruguera – 1982

Colección PUNTO ROJO n.º 15. Ediciones B – 1990

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





**SERVICIO
SECRETO**



PRÓLOGO

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

CAPÍTULO PRIMERO

Salía de la tienda con unos paquetes en la mano y, después de sortear a unos cuantos transeúntes se situó en el borde de la acera, esperando la luz verde para los peatones. Los coches, en la calzada, se habían parado a muy pocos pasos de distancia y ya se disponían a arrancar. Entonces fue cuando oyó la voz femenina a su lado.

—A ese pobre le quedan muy pocos días de vida, quizá horas tan sólo.

Asombrado, Patrick Benn se volvió hacia la mujer que acababa de pronunciar tan fatídico vaticinio. Ella le dirigió una mirada inescrutable.

—Sí, a ése me refiero, al tipo del descapotable de color verde claro —añadió ella.

Benn miró hacia la calzada. Los coches acababan de arrancar. El descapotable de color verde claro pasó en aquel momento por delante de él, conducido por un sujeto de mediana edad, delgado, de complexión no muy robusta y cara ratonil. Entonces, la mujer habló de nuevo.

—En cuanto a usted, si bien es cierto que tiene por delante una vida muy larga, no será sin ciertas contrariedades. La primera sucederá mañana. Se quedará sin trabajo.

Benn abrió la boca. Ella era una mujer de color, muy alta, singularmente esbelta, vestida con un traje espantosamente chillón y con un peinado «afro» compuesto de miles de minúsculos rizos, que formaban en torno a su cabeza un enorme globo de casi dos pies de diámetro. Fue a decirle algo, pero en el mismo momento, ella echó a andar y se confundió con la espesa muchedumbre que rebosaba en la acera.

Durante unos momentos, Benn sólo pudo ver la frondosa

cabellera de la joven de color. Luego, un par de personas le empujaron sin demasiadas ceremonias y, casi contra su voluntad, cruzó la calle. Tenía el coche estacionado al otro lado y el resto del día transcurrió para él, sin que pudiera olvidar a la extraña mujer que había pronunciado tan poco agradables profecías.

Al final de la jornada, sin embargo, consiguió borrar de su mente el extraño incidente. Aquella mujer de color debía de estar bebida, tal vez drogada... o simplemente tenía un agujero en la cabeza. «En este mundo, los locos que están fuera son infinitamente mayores en número que los que están dentro», fue lo que pensó, para acabar de olvidar el suceso.

Pero a la mañana siguiente, tuvo ocasión de recordarlo de nuevo, cuando su jefe inmediato empezó a hacerle una serie de reproches que, para él, eran completamente injustificados. Benn se defendió lo mejor que pudo hasta que, al fin, hartándose, gritó:

—¿Sabe lo que le digo? ¡Es usted un cerdo sarnoso, un mulo lleno de piojos y un asno que ni siquiera sabe distinguir la alfalfa de la cebada! Y todavía más: ¡váyase a la...!

El jefe se quedó atónito. Benn agarró la papelera y se la puso por gorro. Luego se encaminó hacia la puerta.

Cuando abría para salir, el jefe reaccionó:

—¡Benn, pase por caja y que le liquiden! Está despedido, ¿me oye? No quiero verle más por aquí...

El joven se volvió y sonrió malignamente.

—Ahora me explico por qué no necesitan insecticidas en su casa —dijo con mordacidad—. Las moscas se mueren de asco sólo con verle a usted.

El portazo que dio al salir hizo retemblar las paredes, pero no le importó en absoluto.

Poco a poco, la ciega cólera que se había apoderado de su ánimo, empezó a disiparse. No por ello lamentó la decisión que había tomado; ciertamente hacía ya tiempo que acariciaba la idea de despedirse del empleo, y sólo por cierta especie de pereza no había hecho efectivos sus deseos. Ahora, sin embargo, la entrevista con el jefe y sus reproches habían sido la espoleta que activó la bomba de su cólera. Era joven, tenía una salud de hierro, una inteligencia más que regular y el futuro no le asustaba.

Se tomaría unos días de descanso, decidió. Después, ya

estudiaría lo que más le convenía.

Por cierto, la actitud de su jefe le resultaba un tanto incomprensible. Siempre se había portado con él amablemente, aunque en ocasiones, un tanto exigente, pero aquel día, sin embargo, había actuado de forma anormal. Se preguntó por los motivos de aquel cambio de actitud, pero muy pronto llegó a la conclusión de que no le importaba en absoluto.

* * *

Hacía un día estupendo y, aunque no era aún la temporada de baños, Benn había decidido pasarse un buen rato en la playa, disfrutando del sol y del aire libre. La brisa traía un agradable olor a mar y en el cielo se deslizaban las nubes blanquísimas. La playa era muy extensa y, en aquellos momentos, no se divisaba un alma.

Le hubiera gustado tener un perro para corretear con él por la orilla del océano. Lo malo era que vivía en una casa donde un perro no habría tenido lugar para sus expansiones. Benn no se sentía inclinado a encerrar a un animal en un apartamento situado en el octavo piso. Quizá, si un día tenía una casa con jardín...

La carretera pasaba a unos trescientos metros. Benn podía ver la circulación de coches en ambos sentidos. El suyo estaba a pocos pasos, en un lugar destinado a estacionamiento de vehículos.

De pronto, vio que un automóvil se salía de la carretera y rodaba velozmente por el camino que conducía a la explanada. Benn arrugó el entrecejo al darse cuenta de que el coche oscilaba y daba continuos bandazos, como si el conductor tuviese unas copas de más.

Con gran alarma, se dio cuenta de que el vehículo no refrenaba su marcha, sino que seguía a gran velocidad. Parecía que su conductor quería meterse en el agua con coche y todo. Pero, ciertamente, no era un vehículo anfibia.

En el último instante, pareció como si el ocupante del coche tomara conciencia de la situación y aplicó el freno. Aun así, el vehículo rodó fuera de la explanada y sólo se detuvo cuando las ruedas se hundieron en la arena.

Entonces, Benn se dio cuenta de que había visto el automóvil en una ocasión anterior, hacía solamente tres días. Intrigado, se acercó

al coche, para socorrer a su ocupante. Su asombro creció enormemente al reconocer a aquel sujeto.

El hombre tenía la cabeza doblada sobre el pecho y respiraba con dificultad. «Un ataque cardíaco» supuso Benn.

—Amigo, ¿puedo ayudarle? —se ofreció cortésmente.

El sujeto hizo un esfuerzo y levantó la cabeza.

—No se moleste, estoy llegando al final de mi camino —contestó.

—Bueno, la carretera acaba unos cuantos metros más atrás —sonrió el joven.

—Yo me refería a otra clase de camino, ese que acaba en la tumba.

—Ah, vamos, ya entiendo. Nunca he estado allí... —Benn lanzó un chillido—. ¡Ha dicho en la tumba!

—Sí. Me estoy muriendo.

—¡Je! Tiene ganas de broma... Me llamo Patrick Benn, señor.

—Soy Harry Brooks... Pronto podré decir «era»... bueno, yo no; usted, en todo caso... Voy a «diñarla» muy pronto. ¿Tiene una Biblia a mano?

«Lleva encima una borrachera de campeonato», pensó Benn.

—No, pero puedo rezarle algunas oraciones —sonrió—. ¿Un Padrenuestro? ¿Prefiere el Salmo XXIII?

Haciendo un esfuerzo, Brooks metió la mano en un bolsillo y sacó una llavecita.

—Es... de una caja de equipajes... en la consigna de la estación del ferrocarril... Allí encontrará algo... pero el resto está en... Heaven...

A Benn le pareció que el sujeto decía algo parecido a «Rocks», pero no hubiera podido asegurarlo. Brooks había dejado de hablar y su cabeza reposaba de nuevo sobre el pecho.

—Ah, amigo, despierte... No hay que tomarse las cosas tan a pecho. Éstos no son momentos de broma...

Pero Brooks no le contestó. Benn frunció el ceño preocupadamente al darse cuenta de la absoluta inmovilidad del sujeto.

Buscó su pulso, pero no lo encontró. Respingó, sin poder evitarlo.

—¡Demonios, tenía razón! ¡Se estaba muriendo!

Guardó la llavecita en el bolsillo y, cogiéndolo por los hombros, lo empujó un poco hacia adelante. Un helado escalofrío recorrió su nuca al ver el sangriento orificio que había en la espalda de Brooks.

En aquel instante, recordó de nuevo la maligna profecía de la africana. ¿Cómo había sabido aquella mujer que Brooks iba a morir y que él se quedaría sin trabajo?

Apartó aquellos pensamientos de su cerebro. Allí estaba ahora, en la playa, junto al cadáver de un hombre muerto de un tiro. Si la policía le encontraba, lo freirían a preguntas, si no le acusaban del asesinato.

—Lo mejor que puedo hacer es largarme —murmuró.

Sin embargo, un oscuro sentimiento de curiosidad, le hizo registrar las ropas del cadáver. Encontró una billetera, con documentos personales, y veinte billetes de a cien. En los otros bolsillos había más billetes, de inferior denominación y algunas monedas. En total, unos dos mil doscientos cincuenta dólares.

También encontró una agenda con nombres y direcciones y números de teléfono. Sin saber a ciencia cierta por qué lo hacía, guardó todo y echó a correr hacia su automóvil.

Momentos después, abandonaba la playa como si le persiguiese el diablo. Se dirigió a la carretera por el ramal de acceso, esperó a tener un hueco en el tráfico y pisó el acelerador a fondo.

Segundos después, al mirar hacia atrás por el retrovisor, divisó un coche negro que salía de la carretera para dirigirse a la playa. La curiosidad le hizo detenerse un poco más adelante, en el arcén.

Había llevado consigo unos prismáticos y los asestó en aquella dirección. El coche negro se detuvo. Tres hombres se apearon en el acto.

Dos corrieron hacia el descapotable verde. El tercero caminaba con cierta dificultad. Benn apreció que era bajo, ridículamente gordo, casi una esfera con dos piernas y dos brazos muy cortos, y completamente calvo.

Momentos después, el gordo empezaba a dar furiosas patadas contra el costado de un coche verde. Los otros dos permanecían a un lado, respetuosamente, dando órdenes al parecer.

Benn comprendió que buscaban algo que había tenido Brooks, pero habían fracasado. Quizá eran los mismos que habían asesinado a aquel desgraciado. Como fuera, resultaba arriesgado permanecer

demasiado tiempo en el mismo sitio. Aceleró de nuevo y emprendió la ruta de regreso a la ciudad.

CAPÍTULO II

—Harry Brooks, alias el Araña, ha sido encontrado muerto en Southern Long Beach, con un balazo en el cuerpo. La policía se inclina por la teoría del «ajuste de cuentas». Brooks era un notorio hampón, con numerosos arrestos en su haber y, según se dice, con una increíble habilidad para trepar por las paredes de los edificios, lo cual había dado origen a su apodo. Los bolsillos de la víctima estaban vacíos y se supone que sus asesinos le despojaron de cuanto llevaba encima...

Benn manejó el mando de control a distancia y cambió de canal en el televisor. La voz del locutor se extinguió instantáneamente.

Ya había oído bastante, se dijo. La casualidad le había hecho asistir a los últimos momentos de un notorio delincuente, pero esto era algo que no tenía interés en divulgar.

En el nuevo canal proyectaban una película de vaqueros, pero su mente estaba muy lejos de las imágenes que llegaban a sus retinas. Una y otra vez recordaba a la africana y a sus tétricas profecías. «Daría algo bueno por encontrármela, para hablar largo y tendido sobre sus habilidades adivinatorias...».

De repente, se le ocurrió una idea. Al mismo tiempo, acababa de recordar un detalle sumido en lo más profundo de su mente. Sí, ¿por qué no intentarlo?

Pero era ya tarde. Lo mejor sería dejarlo para el día siguiente, a una hora apropiada. Se relajó un poco y, satisfecho con la solución, se dedicó a pasar un buen rato con las aventuras de los vaqueros que defendían el rancho contra las incursiones de los ladrones de ganado.

Al otro día, sobre las once de la mañana, se situó en el mismo punto donde había visto a la africana. Dos puertas más allá de la

tienda donde había hecho las compras cuatro días antes, vio de nuevo el rótulo, en una brillante placa de latón, con letras negras:

MADAME OLYMPIA

VIDENTE

ADIVINADORA DEL PORVENIR

El rótulo indicaba asimismo el número del apartamento. Un minuto más tarde, Benn se detenía ante una puerta en la que había una reproducción en pequeño del rótulo de la puerta de la casa.

Tocó el timbre. Una voz surgió a través de un micrófono invisible.

—¿Quién es?

—Deseo hablar con *madame* Olympia... Quiero consultar mi futuro...

—¿Tiene la mente dispuesta para enlazar con la mía y viajar por las regiones incógnitas que sólo los seres puros pueden visitar?

«¡Caray, qué preguntita!», se dijo Benn.

—Me considero, humildemente, un indigno pecador, pero espero de la infinita benevolencia de *madame* Olympia acceda a llevarme con ella a las regiones que sólo una mente privilegiada como la suya es capaz de alcanzar —contestó.

—Está bien, entre a su futuro —dijo la voz.

La puerta giró en el acto, silenciosamente. Todo era puro teatro, decoración destinada a impresionar a los espíritus débiles. Simple tramoya, a fin de cuentas, se dijo, mientras entraba en la habitación débilmente alumbrada por una lámpara roja situada en el techo.

Apenas si se podía ver lo justo para no tropezar con los muebles. Haciendo un esfuerzo, Benn pudo divisar una mesa redonda, cubierta con un gran paño color rojo oscuro, con numerosos bordados en oro, que representaban extrañas y desconocidas figuras de seres fantásticos. En el centro de la mesa, se veía la tradicional bola de cristal.

—Siéntese —dijo la vidente.

Benn se dio cuenta entonces de que ella estaba al otro lado, cubierta con un manto que ocultaba su figura por completo. Asimismo tenía una capucha puesta, lo cual impedía divisar sus

facciones.

—El precio de la consulta son cincuenta dólares —dijo ella—. No lo hago por mí; yo quiero ayudar a la humanidad, pero la concentración consume una enorme cantidad de energías de mi cuerpo y luego debo someterme a muy costosos tratamientos.

—Comprendo —repuso Benn, a la vez que ponía unos billetes sobre la mesa—. Deseo, sin embargo, que mi visita no le cause gran daño, señora.

—Gracias, buen hombre.

Benn estuvo a punto de indignarse. Le había llamado «buen hombre». Claro que había calificativos peores...

La bola de cristal se iluminó de pronto. Benn alargó un poco el cuello. Sí, aquella misteriosa mujer era la africana de cuatro días antes.

—Expresé sus deseos, amigo mío —pidió ella.

—Seré breve, señora. Primero, ¿cómo supo usted que Harry el Araña iba a morir? Segundo; ¿cómo supo asimismo que yo iba a quedarme sin trabajo al día siguiente?

Madame Olympia se sorprendió enormemente. Movi6 una mano y la intensidad de la luz de la bola de cristal se atenuó considerablemente. Alzó un poco la capucha y miró a su cliente.

—¡Usted! —exclamó.

—Sí, el mismo —sonrió Benn—. Tiene tan buena memoria como facilidad para adivinar el futuro de las personas. Harry está muerto y yo sin trabajo. Oiga ni Nostradamus lo habría hecho mejor.

—Bueno, verá...

Benn se puso en pie.

—Señora, vamos a dejarnos de rodeos —exclamó—. Conmigo, sus trucos, y sobre todo en este caso, no sirven para nada. Quiero que me explique, de forma racional, cómo supo que iban a suceder todas esas cosas.

Ella se levantó también. La capucha cayó a sus espaldas.

—Será mejor que se marche...

Benn empezó a rodear la mesa. Entonces, la vidente dio media vuelta y trató de escapar.

Benn la vio atravesar unas cortinas y saltó con gran ímpetu tras ella. Había tomado un fuerte impulso y la alcanzó, pero también la hizo perder el equilibrio y ambos rodaron por el suelo.

La vidente forcejeó. Benn trató de reducirla. Su mano derecha se apoyó en algo semiesférico, turgente. Ella protestó vivamente.

—Lo siento, nena; no soy un maníaco sexual, pero quiero saber...

Soltando a la mujer, se puso en pie. Sacó un mechero, lo encendió y así pudo encontrar el interruptor de la luz.

Olympia estaba en el suelo, tratando de arreglarse las ropas. Pero Benn no la miró siquiera. Tenía los ojos fijos en la mujer que yacía a pocos pasos de distancia, con una pierna bajo el cuerpo, los brazos extendidos y una mancha roja de inequívoco significado en el centro del pecho.

La muerta era también de color, aunque su piel tenía un tono mucho más oscuro que el de Olympia. Ella comprendió los pensamientos que cruzaban por el cerebro del joven y lanzó un chillido.

—¡No he sido yo! Estaba muerta cuando llegué...

Benn apretó los labios.

—Habrá un teléfono en esta casa. Llamaré a la policía —dijo.

—Espere... Deje que le explique... —Olympia se puso en pie de un salto—. Es rigurosamente cierto; ella estaba muerta y usted llegó a los pocos minutos... No sabía qué hacer y se me ocurrió tomar su puesto, a fin de atender la consulta y marcharme después que usted se hubiera ido...

—Señora, puedo admitir lo que acaba de contarme, pero ¿cómo explica usted los vaticinios que pronunció hace cuatro días?

En aquel instante llamaron a la puerta.

Olympia se sobresaltó terriblemente. Benn volvió la cabeza.

—¿Espera a alguien? —preguntó.

—¿Cómo voy a esperar a nadie, si yo no soy la vidente?

—Una respuesta muy lógica —convino él.

Los golpes se repitieron.

—No es la policía —dijo el joven—. Ya lo habrían anunciado...

—Sea quien sea, si nos encuentran aquí con ese cadáver, no lo pasaremos bien —dijo la africana.

—Espere un momento —pidió Benn.

Fue hacia la puerta y buscó el micrófono.

—¿Quién es? —preguntó con voz oscura, enronquecida.

—Abra, pronto; tenemos que hablar con usted...

—Lo siento. Mi numen está ausente. Yo soy ahora sólo un cuerpo sin espíritu. No puedo evacuar consultas...

—¡Al infierno con las consultas! —rugió el sujeto que había al otro lado—. Butchie, Garr, derribad la puerta como sea.

Alguien se lanzó contra la puerta e hizo crujir la cerradura. Benn pensó que lo mejor sería escapar y corrió hacia la otra habitación.

Entonces, lleno de asombro, vio que la joven africana había desaparecido.

Por el momento, no veía ninguna vía de escape. Aquellos sujetos iban a entrar y si le encontraban allí, le harían pasar muy malos ratos.

En aquel instante, encontró lo que creyó podía ser su tabla de salvación. Instantes después, oyó el ruido de la cerradura que saltaba y percibió el ruido de pasos precipitados.

* * *

Alguien vio a la mujer muerta y lanzó una exclamación:

—¡Cristo, se la han cargado!

—¿Es la vidente? —preguntó otro.

—Sí, la misma. Yo la conocía muy bien.

—Maldita sea, se nos adelantaron. Olympia ya no podrá decirnos nada. Pero ¿quién diablos estaba aquí cuando llamamos a la puerta?

—El tipo que la «apioló», sin duda.

Uno de los intrusos fue hacia las cortinas del fondo, las apartó y dejó la ventana al descubierto.

—Habrá usado la escalera de incendios —dijo.

—Sí, eso es lo que parece. Bueno, larguémonos de aquí antes de que vengan los polizontes.

—Sí, jefe. Oiga, me pregunto quién diablos habrá liquidado a la adivina...

—¿Quién va a ser? —contestó el que parecía ser el jefe—. Jack Sawndee, no lo dudes en absoluto, Butchie.

—Sí, parece lo más lógico —convino el aludido.

Los tres sujetos se marcharon en el acto. Benn no esperó mucho rato más en el inesperado escondite que había encontrado en el estante situado sobre el dintel de la puerta y que tenía la

consistencia necesaria para soportar sus ochenta y cuatro kilos de peso.

Había algunos aparatos en el estante: lámparas de diversos colores y micrófonos, con altavoces y magnetófonos, en los que se veían algunas cintas de grabación. Sin duda, Olympia habría hecho grabar algunas voces espectrales, con determinadas frases, para impresionar a su crédula clientela. En la mesa donde atendía las consultas, calculó, tendría un oculto cuadro de mandos, que pondría en funcionamiento la luz o la grabación requeridas para cada consultante.

Silenciosamente, se descolgó de la repisa, corrió hacia la escalera de incendios y se dispuso a escapar antes de que llegase la Policía.

Nadie se fijó en él. Con paso medurado, caminó a lo largo de la acera, ahora formulándose más preguntas que nunca. ¿Quién había matado a la vidente? ¿Por qué? ¿Quién era, en realidad, la hermosa africana que había suplantado a Olympia durante unos minutos?

El día concluyó sin que hubiera conseguido resolver uno solo de aquellos enigmas.

* * *

Se sentó en uno de los bancos del parque y contempló ensimismado las evoluciones de los cisnes, que nadaban en el estanque. Unos niños les tiraban migas, acompañados de una mujer de mediana edad, pero se marcharon muy pronto.

Benn quedó solo en aquel paraje. Con la mano izquierda, acarició la llave que le había entregado el Araña en sus últimos momentos. Sabía que tenía que ir a la consigna del ferrocarril, pero los últimos acontecimientos le habían dicho que convenía extremar las precauciones. Dejaría pasar algún tiempo antes de abrir la caja a la que correspondía aquella llave.

De pronto, vio venir a una hermosa joven, que caminaba sin prisas por uno de los senderos del parque. Era alta, de pelo color bronce y vestía sencilla, pero elegantemente.

Ella se detuvo a pocos pasos del banco, tras lanzar una mirada casual a su ocupante. Luego se volvió para contemplar las evoluciones de los cisnes.

—Una hermosa muchacha —murmuró Benn.

Momentos después, un hombre llegó por el lado opuesto y se situó junto a la muchacha. Dijo algo y ella negó con la cabeza.

El sujeto pareció enfurecerse. La joven se revolvió, irritada.

—Déjeme en paz, estúpido.

—Eh, aguarda un momento, guapa; todavía no hemos hecho más que empezar...

La mano derecha del individuo fue hacia el hombro izquierdo de la rubia. Ella lo rechazó, pero no sin que el vestido se rasgase hasta la cintura por aquel lado.

Benn se puso en pie. Debía hacer algo para evitar que la joven sufriera daños. Pero, inesperadamente, ella reaccionó de forma sorprendente y, moviendo la mano derecha, golpeó el rostro masculino con todas sus fuerzas.

El sujeto se tambaleó. La joven le pateó ahora la rodilla derecha, con lo que el hombre empezó a dar saltitos ridículos sobre el pie izquierdo, mientras se agarraba la región afectada con ambas manos. Entonces, para ella resultó sumamente fácil darle un empujón y lanzarlo al estanque de los cisnes, en el que cayó con gran chapoteo de espumas.

Los cisnes graznaron ruidosamente. Benn sonrió. La escena había tenido un final divertido.

La joven se volvió inesperadamente.

—Será mejor que me acompañe, señor Benn —dijo.

La boca del aludido se abrió estúpidamente.

—¿Ha dicho...?

—Sí, venga, por favor, necesito hablar con usted.

—Pero me conoce... Yo no la he visto nunca...

—Me llamo Myra Muir. ¿Le dice algo mi nombre?

—No, en absoluto.

—Ya lo sabrá, si tiene la bondad de acompañarme. Antes de que ese estúpido consiga salir del estanque, claro.

Benn volvió la vista hacia el sujeto, que había conseguido ponerse en pie y estaba con el agua hasta la cintura y el resto del cuerpo chorreando y cubierto de hojas y plantas acuáticas. Colérico, blandió un puño y dijo algunas frases hostiles, pero sus palabras resultaron absolutamente ininteligibles.

De pronto, se metió dos dedos en la boca y sacó una pequeña

ranita, que lanzó a un lado con gesto furioso. Myra no pudo contenerse y lanzó una alegre carcajada, que resonó con cristalinas tonalidades.

—¿Vamos, señor Benn?

—Sí, claro...

—Tengo mi coche a la salida del parque.

—Muy bien, vamos allá... dondequiera que sea.

—A dar un paseo por el campo; así podremos hablar sin temor a ser molestados.

—Oiga, ¿no podría darme una bofetada? —pidió Benn de repente.

Myra se volvió, sorprendida.

—Usted no me ha insultado —contestó.

—Sí, pero necesito despertarme...

Ella volvió a reír, ahora más contenidamente.

—Está despierto —dijo.

Myra caminaba a grandes zancadas, sin perder por ello la gracia de movimientos y sin que su caminar resultase hombruno. Benn, por su parte, se devanaba los sesos, preguntándose de qué podía conocerle aquella hermosa joven.

Pronto tendría la explicación, se dijo. Y, momentos después, se encontraba a bordo de un Mercedes último modelo, con la capota bajada. Myra dio el contacto y el coche arrancó como si fuese un reactor de combate lanzado por la catapulta de un portaaviones.

CAPÍTULO III

Myra llevaba el pelo suelto y no parecía importarle que el aire de la marcha lo agitase continuamente. Al cabo de unos momentos, hizo una pregunta a su todavía asombrado acompañante:

—Patrick, ¿ha oído hablar alguna vez de Warren Ackles?

—Claro que sí —contestó el joven—. Incluso he hablado con él en un par de ocasiones, aunque mi rango en la empresa no era lo suficientemente elevado como para formar parte del círculo de sus íntimos. ¿Lo conoce usted?

—Sí, pero ya hablaremos de los motivos de ese conocimiento. A propósito, le han despedido del trabajo.

—Bueno, partamos la diferencia y digamos que fue mitad y mitad. El jefe se puso pesado y yo le mandé al cuerno. Perdón...

—No tiene importancia —sonrió Myra—. Así pues, resultó cierta la profecía.

Benn miró de reojo a la muchacha.

—¿La... profecía? ¿Qué sabe usted de eso?

—También vaticiné la muerte del Araña —dijo ella, impasible.

Sobrevino un momento de silencio, interrumpido sólo por los ruidos naturales del coche y el silbido del viento desplazado en el veloz rodar del vehículo. Benn tenía la mirada hipnóticamente fija en el hermoso perfil de la joven y, de pronto, creyó descubrir ciertos rasgos conocidos.

Procuró imaginársela con una crespa cabellera negra y el rostro pintado de color canela fuerte. Ahora recordaba que los ojos de la supuesta vidente eran muy claros, aunque entonces lo había juzgado producto del mestizaje de las sangres.

—De modo que era usted —dijo, tras un largo intervalo.

—Sí, yo era «aquélla» Olympia. Pero le juro que no tuve nada

que ver con la muerte de la auténtica. Ya era un cadáver cuando llegué a su casa:

—Sin embargo, se portó como la mismísima adivina.

—Oh, no fue difícil. Hace un tiempo, estuve a verla. Necesitaba ciertos informes. Olympia se mostró reticente en los primeros momentos, pero cedió cuando mencioné cierta cantidad. Luego se confió conmigo y me contó alguno de los trucos del oficio; incluso me enseñó el manejo de los distintos chismes que tenía en su apartamento. Por eso pude engañarle a usted... hasta que vio el cadáver de la pobre Olympia. Era una mujer muy amable, simpática, llena de vitalidad... ¡Deberían ahorcar al salvaje que la asesinó tan despiadadamente! —exclamó Myra con repentino acento de furor.

—Estoy de acuerdo con usted. ¿Qué más?

—De cuando en cuando, nos telefoneábamos. Ella fue la que me sugirió la idea de disfrazarme. Me hacía llamar también Olympia, pero si alguien me preguntaba, yo decía que era una simple coincidencia de nombres. Por los informes de Olympia, supe que había alguien que quería asesinar a Brooks.

—¿Y no trató de evitarlo?

—Llevaba una temporada escondiéndose y no había modo de dar con él. Cuando usted y yo nos vimos por primera vez, ya había un sabueso tras sus huellas, pero perdió el rastro antes de quinientos metros y ya no volvió a verlo.

Benn pensó que, por el momento, era preferible callar su encuentro con el Araña.

—Siga, siga, por favor; esto se pone terriblemente interesante.

—Bien, el caso es que creemos que Brooks lo sabía y hasta puede que lo tuviera en su poder, pero ahora está muerto y no sabemos dónde lo dejó, ni si lo tenía él o lo entregó a algún cómplice.

—Por lo que estoy oyendo, debo deducir que se trata del botín de un robo. Es decir, si hemos de dar crédito a los antecedentes del Araña.

Myra hizo un gesto de asentimiento.

—En efecto, es el botín de un robo. Dos millones de dólares —contestó.

Benn sintió como si le hubieran dado un puñetazo en el pecho.

—Para mí es una cifra... inimaginable —dijo—. ¿Eran billetes de

Banco?

—No. Joyas por valor de un millón, y valores bancarios, perfectamente negociables, que alcanzan a otro millón. Resulta que un amigo de mi padre estaba en trance de divorcio y no quería que esa fortuna resultase alcanzada por la decisión judicial. Las joyas pertenecieron a su primera esposa, ya muerta, y la segunda no tiene ningún derecho a ellas, puesto que no figuraban entre los bienes del matrimonio, lo mismo que los valores bancarios. Pero ese hombre tendría problemas si se divulgase el hecho y prefirió mantenerlo en secreto, en una caja fuerte que un buen día apareció vacía.

—Y usted supone que el Araña...

—Todos los indicios apuntaban a él, pero, según parece, no quiso entregar el botín, o por lo menos, la mayor parte. Por eso sus cómplices habían jurado matarle, cosa que, desgraciadamente, se cumplió, antes de que pudiéramos dar con él.

—¡Magnífico! —exclamó Benn—. Y, dígame, ¿cómo encajo yo en este conflicto, al cual, me imagino, soy absolutamente ajeno?

—No tan ajeno como supone. Patrick. Usted estuvo con Brooks en sus últimos instantes de vida. ¿Le dijo algo antes de morir?

Benn calló unos momentos, sorprendido por la inesperada declaración de la joven. Sin embargo, antes de que pudiera emitir una sola palabra, ella dijo:

—Creo que nos siguen, Patrick.

* * *

Instintivamente, Benn se volvió en el asiento y miró hacia atrás. Ya habían salido de la zona urbana y rodaban ahora por una amplia carretera, con abundante aunque fluido tránsito. Detrás de ellos, a unos ochenta metros de distancia, había un coche oscuro.

Le pareció haberlo visto antes. Sí, en la playa, el día de la muerte de Brooks...

—Me parece que tiene razón, señorita Muir —dijo.

—Muy bien, haré unas cuantas maniobras y, si es cierto que nos siguen, procuraré despistarles.

Myra aceleró. El coche negro se quedó rezagado unos momentos, pero muy pronto recuperó el terreno perdido. Ella dio más gas y los dos vehículos aumentaron su velocidad casi

simultáneamente.

—Ya no hay dudas —exclamó Benn—. Vienen detrás de nosotros.

—Mejor diga: «A por nosotros» —rectificó ella sin alterarse.

De pronto, Myra vio una desviación lateral y se metió por ella sin reducir apenas la velocidad. El coche negro viró con agudo chillido de los neumáticos, derrapó violentamente, pero no volcó y su conductor pudo dirigirlo hacia la desviación.

—Siguen ahí —indicó Benn.

—Perfecto, pronto llegará la hora de la lección. ¡Agárrese bien, Patrick!

Myra hundió el acelerador hasta el fondo y el coche respondió como un caballo de carreras al espoleazo de su jinete. Benn lanzó una mirada al indicador de velocidad del coche y, aterrado, vio que rodaban a ciento ochenta por hora.

—En este camino... —gimió.

Aunque tenía el piso en buen estado, el camino era angosto, con la capacidad suficiente para dos coches. Además, había bastantes curvas, aunque de radio notablemente largo, pero no por ello dejaba de estimar que viajaban a una velocidad peligrosamente elevada.

Sin embargo, el otro coche no se quedaba a la zaga. Estaba magníficamente conducido, apreció Benn de nuevo, y hasta era posible que tuviese un motor mucho más potente que el fabricado de norma. Pese a todo, les ganaba terreno, lenta, pero inexorablemente.

—Ahí está otra vez —gritó—. No podrá esquivarlos...

Myra se echó a reír.

—Como dijo aquél, todavía no he empezado a luchar —exclamó—. ¿Sabe quién fue?

—Sí, Cicerón.

—Tiene usted un excelente sentido del humor, Patrick. ¿Cómo no se ha casado todavía?

—Seguramente, porque no la había conocido a usted —respondió él con audacia que le sorprendió.

—No puede casarse conmigo —dijo Myra.

—¿Es que ya está casada?

—No, pero mi padre es riquísimo y usted un hombre pobre,

aunque, eso sí, honrado. Ya sabe lo que pasa en las historias de este estilo, ¿verdad?

—Sí, ella se ve forzada a casarse con un hombre de su posición, al cual no ama. Andando el tiempo, vuelve a ver a su antiguo enamorado y se convierten en amantes. El marido lo sabe y un día los sorprende a los dos y los mata. Luego se suicida, leyendo las obras completas del último Nobel de Literatura.

Myra lanzó una franca carcajada.

—Eres un chico estupendo. Patrick —dijo—. Me encanta tu sentido del humor.

—Pero ahora vamos a necesitar algo más que buen humor, para deshacernos de esos energúmenos —exclamó él de pronto—. ¡Myra, los tenemos a veinte pasos de distancia!

Ella lanzó una rápida mirada por el retrovisor. Luego aferró el volante con fuerza.

—Patrick, ¡agárrate dónde y cómo pueda! —avisó.

Las manos del joven se situaron en el borde del parabrisas. Inexplicablemente, advirtió que Myra parecía retener el coche un tanto. Aun así, iban todavía a más de ciento veinte por hora.

El coche negro se situó a la altura del Mercedes. Un hombre asomó por una de las ventanillas laterales apuntándoles con una pistola.

—¡Deténganse! —gritó.

—¡Ahora! —dijo Myra.

Y pisó el freno a fondo.

Por un instante, Benn creyó que iba a salir disparado por encima del parabrisas. Las ruedas del coche se agarraron magníficamente al piso de la carretera. El coche negro pareció alejarse como impulsado por cohetes.

Benn se felicitó por llevar puesto el cinturón de seguridad también. De otro modo...

En aquel instante, vio que el coche negro empezaba a reducir la marcha. Pero su conductor actuaba con demasiada precipitación, sin haberse prevenido con tiempo, como había hecho Myra.

Ocurrió lo inevitable. El coche negro derrapó y esta vez el conductor no tuvo tiempo de dominarlo. El automóvil salió disparado de la carretera, rodó velozmente por un talud de poca pendiente, cubierto de hierba, y llegó a un prado, por el que todavía

corrió casi cincuenta metros más, antes de incrustarse contra un anticuado almiar de paja de una granja vecina.

La paja ocultó al coche negro casi por completo. Myra lanzó una alegre carcajada.

—¡Me apunto un derribo! —exclamó.

Benn, todavía temblando, se volvió hacia ella.

—¿Qué tiene usted en las venas señorita Muir: hielo o sangre? —preguntó.

Myra pisó el acelerador nuevamente. Encontró un sitio para dar la vuelta y se dispuso a emprender el camino de regreso.

—Procuro mantener la serenidad, siempre que me es posible —contestó—. Los otros supusieron que yo intentaría ganarles por velocidad, que es lo clásico en estos casos, o bien que conseguirían amedrentarnos con su pistolón. Pero no esperaban en modo alguno que se me ocurriera frenar a fondo.

Myra se volvió hacia él y le guiñó un ojo.

—Moraleja, no hagas nunca lo que espera el adversario o acabarás en el manicomio —añadió.

—Eso no pega demasiado —criticó él.

—Pero vale para la ocasión, Patrick. ¿Qué hacen esos gazzápiros ahora?

El coche ya había virado por completo. Benn escorzó el cuerpo y pudo ver a tres hombres que salían del almiar, sacudiéndose furiosamente la paja que les cubría casi por completo.

Reconoció a uno de ellos, el gordito de la playa. Los otros, supuso, serían sus compinches, los mismos que habían llegado junto a Brooks, después de muerto.

—Están bien, aunque no sé qué le habrá pasado al coche...

—Por lo menos, nos hemos librado de ellos durante un rato.

—Eso significa que piensan volver a la carga.

—Es lo más probable, Patrick.

—Señorita Muir, cuando pasemos por delante de una agencia de viajes, déjeme en la puerta —pidió él.

—¿Es que piensa marcharse de viaje? —se sorprendió la joven.

—¡A las antípodas! Quiero llegar a viejo, tener una ancianidad apacible, contar mis recuerdos a mis tataranietos... ¿Es que no ve las canas que me han salido en estos pocos minutos?

—Patrick, es usted un chico magnífico —dijo ella, meneando la

cabeza—. Lástima que no pueda casarme con usted, de lo contrario, iría a pedir su mano ahora mismo a sus padres.

—Oiga, la costumbre exige que sea el varón quien haga la petición de mano —protestó él.

—Bueno, corren tiempos nuevos.

—De acuerdo, pero ¿por qué no podría casarse conmigo, en el supuesto de que ambos estuviésemos enamorados?

—Ya le dije antes que tengo un padre riquísimo. En realidad, no es mi padre, pero lo considero como tal, puesto que se casó con mi madre cuando yo tenía escasamente dos años. A ella sí le obligaron a casarse con un hombre al que no amaba, pero enviudó a los pocos meses de su matrimonio. Luego se casó con su enamorado y han vivido felices durante veintidós años.

—Entonces, usted tiene veinticuatro.

—Y algunos meses.

—Una edad magnífica, señorita Muir. Pero también es suficiente para decidir por sí misma y casarse un día con el hombre a quien ame, sin necesidad de esperar el permiso paterno.

—Por nada del mundo querría disgustar a mi padre... Bueno, es padrastro, pero yo lo considero como mi padre auténtico. ¿Por qué, si no, se cree que estoy haciendo todas estas cosas y hasta desempeñando el papel de *Madame Olympia*?

—Pero, bueno, ¿quién es su padre? —preguntó Benn, completamente intrigado.

—Warren Ackles —respondió Myra.

Los ojos del joven se desorbitaron.

—El dueño de...

—Sí —confirmó la joven—. El dueño de...

CAPÍTULO IV

Habían encontrado una distante estación de servicio, en donde Myra repuso el combustible. Luego fueron a la cafetería y ocuparon una mesa.

Myra tornó café y un trozo de pastel. A Benn le era imposible pasar bocado.

—De modo que es usted la hija de Warren Ackles —dijo, pasado un buen rato.

—Ya ves —sonrió ella—. Las sorpresas que da la vida, ¿verdad?

—Quizá por eso sabía que iba a quedarme sin trabajo.

—Así es, Patrick.

—Oiga, ¿no provocaría usted el incidente...?

—Te juro que no —replicó Myra—. Sin embargo, yo sabía que tu jefe, Ralph Masterson, bebía los vientos por la ayudante del jefe de relaciones públicas, Bessie O'Rourke.

Y como tú también mariposeabas detrás de ella... Tengo entendido que es una mujer muy guapa... —Ella hizo un gesto gráfico con las dos manos, para indicar un busto exuberante—. Como os gustan a los hombres —añadió maliciosamente.

—¡Por el amor de Dios! Yo nunca le dije nada a Bessie, ni mucho menos se me ocurrió intentar cortejarla siquiera. Todo eso no son sino fantasías de Masterson, que perdía los papeles por ella. Los celos le hicieron ver visiones, créame, señorita Muir.

—Bueno, pero el caso es que sucedió así. ¿De veras no te interesaba la señorita O'Rourke?

—Hombre, mentiría si no dijese que tiene muchos... atractivos, pero siempre la consideré como algo inalcanzable y no me molesté

en... Además, ella me miraba como una reina miraría a un insecto... No, no tenía ganas de hacer el ridículo. Por otra parte, y no creo calumniarla al decir esto, creo que buscaba algo más de lo que yo podía darle.

—De acuerdo, Bessie no te interesaba. Pero ahora estás en la calle. Patrick, ¿te interesaría trabajar para mí?

—¿Cómo?

—Ya lo has oído. Tengo que recuperar los dos millones que robaron a mi padre. Puede encontrarse en serias dificultades financieras, si no consigue encontrar el botín.

—¿Qué dice su amigo?

—Todavía no sabe nada. Es un asunto que se lleva en secreto.

—Las joyas y los valores estaban en la caja fuerte, creo recordar —dijo Benn.

—Efectivamente. En casa tenemos una, pero sólo para los objetos de valor de la familia. En el edificio de la empresa, hay dos: una que pertenece a la sección administrativa, y otra, estrictamente privada de mi padre. Sólo él conocía la combinación, y nosotras, es decir mamá y yo, en previsión de que pudiera ocurrir algo. Pero intervino el Araña y...

—Y sobrevino la catástrofe. ¿Tendría que responder tu padre del robo?

—Sí —admitió Myra tristemente—. Para mí, fue una imprudencia terrible, aunque debo reconocer que papá es un hombre que sabe ser amigo de sus amigos. Por eso entregó un recibo al dueño de las joyas y los valores.

Benn se dio una palmada en la mejilla.

—¡Qué estupidez! —Calificó.

—Honradez —protestó ella con vehemencia.

—Estupidez —insistió Benn—. Ahora ya no trabajo en la empresa de su padre y no tengo por qué morderme la lengua.

—Bueno, como quieras —dijo Myra, algo más amansada—. Bien mirado, no te falta razón, aunque debes comprender a mi padre, absolutamente leal a las personas a quienes estima.

—Es un sentimiento muy noble, señorita Muir. De modo que quiere que trabaje para usted.

—Sí, Patrick. Te pagaré...

Benn alzó una mano.

—Dejemos por el momento el aspecto monetario de la cuestión. Dígame, señorita Muir, ¿cómo sabe usted que yo pude haber hablado con el Araña antes de su muerte?

—Te vieron desde lejos —contestó la joven.

—¿Quién?

—¿Recuerdas a Olympia? Bien, uno de sus trucos para adivinar detalles de la gente, consistía sobre todo, en la primera sesión, en la que apenas si decía más que vaguedades, pero procurando en todo momento incitar al cliente para que volviese una segunda vez. Normalmente, lo conseguía, pero, en el intervalo, un hombre de toda su confianza averiguaba detalles del cliente.

—Sí, ya conozco el truco —sonrió Benn.

—Y ese ayudante de Olympia es el que seguía al Araña y le vio despistarse de la carretera y meterse casi en el mar. Pero los otros estaban llegando ya y tuvo que escapar.

—¿Quiénes son los otros?

—Ignoro los nombres, pero los hemos visto esta tarde, Patrick.

—Entonces, resulta lógico suponer que andan detrás del botín.

—Yo diría aún más: el Araña fue el encargado de dar el golpe, y luego, por los motivos que fuesen, decidió quedárselo todo. Eso explica su muerte, ¿no crees?

—¿Explica también la de Olympia?

Myra suspiró.

—No sé... A veces, me cuesta mucho encontrar el significado de algunos problemas... ¿Tú qué opinas, Patrick?

Benn se frotó la mandíbula vigorosamente. A veces creía a la muchacha y en otras ocasiones pensaba que era una mujer de una fantasía desbordante. Aún guardaba la llave de la consigna, pero no quería decirlo, porque no estaba seguro de la sinceridad de su hermosa interlocutora.

—Sí, es un asunto un tanto complejo —respondió, con aire indiferente—. Bien, haré lo que pueda por usted... ¿Sabe cómo se llama el sabueso de Olympia?

—Barry Golder. Ignoro su dirección, porque siempre nos hemos comunicado por teléfono o, si hemos hablado personalmente, ha sido en lugares públicos y por pocos momentos. Pero nunca he estado en su casa, aunque en una ocasión, un conocido suyo pasó por nuestro lado, le saludó y Golder dijo que se verían luego en el

Blue Mansion. Supongo que será un local, taberna o algo por el estilo...

—Me dará también su teléfono —pidió Benn—. Trataré de hablar con Golder y ya volveremos a vernos cuando sepa algo. Incidentalmente, ¿quién era el tipo que fue a parar al estanque de los cisnes?

Myra rió suavemente.

—Pensaba algo equivocado de mí y me dijo unas cuantas obscenidades —contestó.

—Todavía estamos en primavera y el agua está más bien fría —sonrió Benn—. El baño le habrá refrescado las ideas.

—Eso espero. —Myra tendió una mano a través de la mesa—. ¿Amigos, entonces?

—¿Por qué no, señorita Muir?

—Patrick, no me gusta ese tratamiento tan protocolario...

—Eres la hija del jefe...

—¿Y qué? Pero también soy una chica de mi tiempo.

Benn contempló unos instantes a la hermosa muchacha que tenía ante sí y luego hizo un gesto de aprobación.

—No me cabe la menor duda —respondió.

* * *

Cuando llegó al Blue Mansion eran ya las diez de la noche. Le había costado bastante dar con el local y empezaba a pensar si no resultaría más conveniente dejar para el día siguiente la entrevista con Golder.

Por lo menos, averiguaría su domicilio. Había tenido un día muy agitado y todavía no se había recuperado de las emociones de la persecución. Claramente se daba cuenta de que estaba metido hasta las cejas en un asunto muy peligroso y llegó a preguntarse si no resultaría mejor abandonarlo todo y ausentarse de la ciudad durante una temporada.

Pero al mismo tiempo se sentía intrigado por ciertos aspectos del caso. ¿Cómo era posible que un hombre de tanta experiencia como Ackles se hubiese dejado robar nada menos que dos millones en joyas y valores? Y, ¿era cierto que Myra era su hijastra?

A Benn le parecía que un hombre con tanto dinero como Ackles

debería haber contratado a un buen detective, si no quería informar a la Policía. Pero dejar que fuese su propia hija quien llevase el peso de las investigaciones...

Era un tanto absurdo y ahora se felicitaba de no haber mencionado la llave de la consigna del ferrocarril. Al día siguiente, se prometió, iría a ver lo que había en aquella caja.

Entró en el local. Al fondo en un pequeño escenario, cantaba una joven de color, interpretando una lánguida melodía, que no parecía merecer la atención de la clientela, Abundaban las mujeres pintarrajeadas. En cuanto a la clientela masculina, había toda clase de tipos, hasta el punto de que Benn llegó a pensar si no se hallaba en una especie de «zoo».

Encontró un hueco en el mostrador y pidió algo, de beber, sin importarle lo que fuera, porque no pensaba probar una sola gota de alcohol. A los pocos momentos se le acercó una mujer.

En sus labios espesamente pintados había un cigarrillo.

—¿Fuego, buen mozo? —pidió sin quitarse el pitillo de la boca.

—Claro, encanto —accedió Benn sonriendo.

Sacó el mechero y encendió el cigarrillo. Ella le echó el humo a la cara provocativamente. Benn simuló cierta timidez y tosió con gran aparatosidad.

—Perdona, no sabía que estuvieras delicado de los bronquios —dijo ella.

—Me has pillado a contrapié —repuso Benn—. ¿Quieres una copa?

—Se acepta con placer, muñeco. ¿Cómo te llamas?

—Patrick. ¿Y tú?

—Annybell. ¿Buscas compañía?

Ella se arregló un poco el escote, a fin de hacerlo aún más amplio y que el posible cliente apreciara buena parte de sus encantos. Los pechos eran grandes, voluminosos, apreció Benn, pero ya habían perdido bastante de la frescura y la turgencia juveniles.

—Tal vez sí y tal vez no —contestó—. Todo depende...

—¿No te gusto?

—Oh, sí, muchísimo. Pero estaba buscando a un amigo. Si lo encuentro, hablaré con él unos minutos y luego podríamos irnos a alguna parte, a consumir a solas una botella de lo bueno.

—¿Y si no lo encuentras? —preguntó Annybell.

—Peor para él y mejor para ti —rió el joven.

—Gracias, amor. Dime, ¿suele venir por aquí tu amigo?

—Eso creo.

—¿Cómo se llama, Patrick?

—Barry Golder.

Ella pareció quedarse pensativa unos momentos. Luego, de pronto, chasqueó los dedos.

—Ya caigo —exclamó—. Es un tipo bajito, menudo, con cara muy astuta...

Benn asintió, aunque ignoraba en realidad cómo era Golder. Myra no le había dicho nada en particular y tenía que dar por verídica la descripción que le hacía Annybell.

—Sí, el mismo.

—Entonces, no te preocupes. Ya sé dónde vive y, si quieres, puedo acompañarte. Pero me disgustaría que luego me dejases plantada. Esta época no está como para perder el tiempo.

—Ya entiendo —dijo Benn a la vez que metía la mano en el bolsillo—. Mira, te pagaré por adelantado... ¿Cuánto?

—Cincuenta —dijo ella.

Benn contó cinco billetes de diez dólares, hizo un rollo y lo insertó entre los senos de la mujer. Ella empujó los billetes más, hasta hacerlos desaparecer por completo.

—Vamos —dijo, a la vez que se colgaba del brazo de Benn.

—Espera —pidió él—. Te prometí una botella de lo bueno.

—Tengo en casa —respondió Annybell—. En todo caso, deja pagada una, para reponer mañana las existencias.

—Claro, mujer. Eh, amigo —se dirigió al barman—, ¿cuánto vale una botella de lo mejorcito?

—Veinte, amigo.

Benn ocultó su sorpresa. Sacó más billetes, dejó dos de diez sobre el mostrador y añadió una moneda de diez centavos.

—Una propina de rajah de la India —comentó el barman mordazmente.

—Si yo fuese un rajah de la India, ya te habrían arrojado mis criados al foso de las serpientes, después de cortarte las orejas —dijo Benn con toda desenvoltura.

Annybell lanzó una sonora carcajada. Luego, agarrada al brazo del joven, caminó hacia la salida, mientras el barman quedaba

masculando obscenas interjecciones.

Ella le condujo durante varios minutos, a través de un par de calles no demasiado iluminadas. Luego se detuvo ante la entrada de un callejón.

—Allí, en la penúltima puerta de la izquierda —indicó—. Anda, yo te aguardo aquí, si es cierto que piensas volver.

—Por supuesto, mujer —respondió Benn.

En el callejón no había una sola luz. Incautamente, Benn se adentró en aquella especie de saco de tela negra, aunque, al fin, pudo encontrar la puerta señalada.

Levantó la mano para llamar y, en el mismo instante, se abrió la puerta y dos hombres se arrojaron sobre él.

CAPÍTULO V

Sorprendido, Benn no tuvo tiempo de evitar el ataque. Demasiado tarde se dio cuenta de que Annybell le había atraído a una encerrona. Ahora, aquellos tipos le apalearán hasta dejarle sin sentido. Luego le quitarían todo lo que llevaba encima... si no hacían algo peor todavía que usar los puños.

Retrocedió un poco, pero un tremendo golpe le hizo llegar violentamente hasta la pared del fondo. El otro hampón empezó a golpearle en los costados.

—A la cabeza, idiota —dijo el otro—. Tiene que perder el sentido cuanto antes.

—Parece bastante duro, tú.

—Nosotros lo somos más.

Benn empezó a resignarse a lo inevitable. Sólo querían privarle del sentido y...

—Vosotros no sois duros, sois unas gallinas sarnosas —dijo de pronto una voz desconocida.

Hubo un instante de sorpresa en los dos atacantes. Luego, uno de ellos contestó:

—¡Largo de aquí, negro piojoso!

Benn oyó un extraño ruido, que muy pronto identificó como el violento contacto de un puño contra un rostro humano. Ya tenía los ojos habituados a la oscuridad y pudo distinguir algunos detalles del recién llegado, un sujeto gigantesco, de casi dos metros de estatura y, al menos, ciento diez kilos de peso.

Luego hubo una furiosa pelea. Benn vio puños que volaban por los aires, piernas que se movían violentamente y bocas que se torcían en horribles muecas de dolor. Bruscamente, el recién llegado agarró a uno de los hampones con ambas manos y lo

empujó hacia atrás con indescriptible violencia.

Se oyó un horrendo sonido, como de algo hueco que se abría de golpe. Un cuerpo humano quedó en el suelo, flácido, desmadejado.

El gigante agarró luego al otro sujeto con una mano y le plantó el puño en la cara unas cuantas veces, machacándole literalmente los huesos. Benn percibió espantosos chasquidos, que le pusieron los pelos de punta. El segundo atacante quedó asimismo tendido en el suelo.

Acto seguido, su inesperado salvador se volvió hacia el joven. Benn, aturdido, vio brillar unos dientes blanquísimos.

—Señor Benn, supongo —dijo el hombre de color.

—Sí, yo mismo. Pero ¿qué diablos...?

—Soy Barry Golder, señor. Creo que he llegado a tiempo.

—No se lo puede imaginar, amigo Barry. Oiga, esos dos tipos... Uno de ellos, no es que quiera ser aprensivo, pero me parece que está muerto.

—Si es así, ya no robaré a nadie más en los callejones —contestó Golder con indiferencia.

—¿Debo deducir que la zorra que me trajo aquí estaba de acuerdo con esos dos sujetos?

—Puede estar seguro de ello, señor, pero ella tampoco se irá con las manos vacías.

Benn se alarmó.

—Barry, ¿qué piensa hacer? —preguntó.

Pero el otro no le contestó. Benn vio que corría silenciosamente hacia la entrada del callejón y, movido por la curiosidad, le siguió en el acto.

Golder llegó cerca de la entrada y se situó en la zona oscura.

—Eh, Annybell...

La silueta de la mujer se hizo visible en el acto.

—Mac, ¿lo habéis conseguido? Ese tipo tenía que estar forrado de pasta...

—Ven, te daré tu parte.

Ella se adentró en el callejón. Inmediatamente, se sintió cogida por una mano que le tapaba la boca. Golder, con la otra, empezó a rasgarle las ropas, a la vez que profería espantosos insultos.

—Maldita zorra, hija de una cerda sifilítica y un jabalí tiñoso, tú quisiste engañar a un buen amigo...

Annybell se debatía furiosamente, pero era poco menos que una pluma en las manos del gigante. Al fin, Golder logró sus propósitos y la rubia quedó completamente desnuda, a excepción de las medias y los zapatos.

—¡A correr, zorra! —gritó Golder, a la vez que le asestaba una tremenda palmada en las nalgas.

El golpe sonó como un pistoletazo. Golder lanzó una ruidosa carcajada y echó a correr detrás de Annybell.

—Sígame, señor Benn.

El joven obedeció. Le parecía estar soñando. Allí estaba él, detrás de un negro gigantesco, que corría como si le persiguiesen un millar de demonios y, a su vez, detrás de una mujer desnuda, que lanzaba agudos alaridos de pánico.

Nadie, sin embargo, pareció tomárselo demasiado en serio. Algunos, incluso, rieron ante el espectáculo que eran Golder y la rubia, y las manos del gigante golpeando implacable e incansablemente las desnudas nalgas de Annybell. Benn llegó a pensar que aquella carrera no tendría fin nunca, pero, de pronto, Golder se detuvo y dejó que la mujer se perdiera de vista.

—Venga, señor Benn —dijo Golder.

El joven le siguió. Golder atravesó la calle y se metió por un callejón, en el que abundaban los cajones vacíos y los cubos de basura.

—Tenemos que hablar, pero éste no es el mejor sitio —explicó el gigante—. Por fortuna, y no lo digo para que me dé las gracias, llegué a tiempo. No es el primero que entra en ese callejón y se queda ahí para siempre.

—Entonces, fue una trampa —dijo Benn, todavía no repuesto de su asombro.

—Claro, ¿qué otra cosa podía ser? Annybell es una especialista en esa clase de asuntos, un «gancho» muy hábil, pero me parece que va a tardar mucho en encontrar otro cliente de su clase, y usted perdona la manera de señalar, señor Benn.

—Está perdonado —rió el joven—. Oiga, usted me encontró...

—Fui al Blue Mansión. La señorita Muir me dijo que le había mencionado ese local. Fue una terrible imprudencia; ella no conoce estos barrios y debió haber esperado a que yo la llamase por teléfono. Naturalmente, en cuanto me dijeron que usted se había

ido con Annybell, me imaginé lo que iba a suceder... ¡Aparta tú, imbécil!

Un hombre había surgido de la oscuridad, cerrándoles el paso, a la vez que extendía la mano, como pidiendo limosna. Golder lo agarró por la cintura y lo metió de cabeza en un cubo vacío de basura.

—Hay gente que está podrida y más les valdría abandonar este perro mundo —continuó el gigante—. Bueno, como le iba diciendo, supe que Annybell se lo había llevado y... Bien, aquí me tiene, señor Benn, para lo que guste mandar.

Ya habían salido a otra calle y Benn contempló a su sabor al colosal individuo, cuyo rostro parecía tallado en piedra volcánica y luego pulimentada con abrasivos. Los dientes de Golder, por contraste, parecían del mejor marfil.

—Gracias, Barry —dijo—. Supongo que ya sabe de qué se trata, el botín de los dos millones.

—Sí, el Araña limpió la caja del señor Ackles y luego lo escondió en alguna parte, para desesperación de su socio, Red Tom Olsen.

—¿El gordito?

—Sí. Persiguieron a Brooks y le dispararon a las ruedas, para detenerle, pero lo único que consiguieron fue enviarle al otro mundo. ¿Le dijo a usted algo el Araña?

—No, sólo que se moría, pero no tuvo tiempo de decir más... —mintió Benn, todavía no seguro de poder confiar en su acompañante—. Oiga, Barry, ¿sabe usted qué tenía que ver Olympia, la vidente, con este asunto?

—Era bastante amiga del Araña. Si no es por ese motivo, no sé por qué la asesinaron. Y le aseguro que, como encuentre al asesino...

Mientras caminaban, los dos hombres hablaban sin cesar. De repente, alguien les cortó el paso.

—Quieto, Barry —dijo el sujeto—. No des un paso más, no tengo ganas de estropear mi traje.

* * *

El desconocido era asimismo un hombre de color, tocado con un sombrero de estridente color rojo, adornado con una cinta amarilla

y azul, con manchas semejantes a las de la piel de leopardo. Vestía una chaqueta también roja, pantalones blancos y camisa azul eléctrico, con corbata ajedrezada a cuadros blancos y negros.

Benn cerró los ojos un instante. Aquella espantosa mezcolanza de colores hería cruelmente sus retinas. Se preguntó qué tal resultaría la visión del espectacular sujeto en pleno día.

Luego se extrañó de que el desconocido hablase de estropear su propio traje, en lugar de la piel de Golder, pero muy pronto se dio cuenta de que tenía la mano metida en el bolsillo derecho, de una forma que dejaba muy poco lugar a dudas. Casi en el acto, sin embargo, resonó la risa burlona de Golder.

—Eres un tipo de lo más pintoresco que uno pueda imaginar, Jack Sawndee —dijo el gigante—. Bien, ¿qué tripa se te ha roto ahora?

—Ese tipo que va contigo tiene algo. Dile que me lo entregue. Luego quedaremos todos tan amigos. ¿Qué me dices, Barry?

Golder se volvió hacia el joven.

—¿Tiene algo que alegar, señor Benn?

—Una sola cosa —contestó el aludido—. No es por ofender, me disgusta herir los sentimientos de la gente, pero oí a Red Tom decir que era Jack Sawndee el que se había cargado a Olympia.

Golder emitió un rugido de ira.

—¿Está seguro, señor?

—Por completo, Barry. Hasta ahora no lo había recordado, pero puedo jurar sobre la Biblia que Red Tom mencionó a Sawndee como el asesino de Olympia.

—Miserable —barbotó el gigante—. De modo que fuiste tú...

Sawndee perdió el ánimo en seguida.

—Espera, Barry, dame un segundo de tiempo y te explicaré...

Golder disparó la mano izquierda y atenazó el brazo derecho de Sawndee, antes de que lo sacara del bolsillo. Pero el mismo gesto provocó el disparo de la pistola que el sujeto guardaba todavía oculta.

En aquellos instantes, la boca del arma apuntaba hacia abajo. Sawndee lanzó un chillido de dolor.

—Maldita sea, me he atravesado el pie...

Golder se echó a reír a mandíbula batiente. Benn se dijo que jamás olvidarla los sucesos de aquella noche, aunque pasaran mil

años. Golder ya había arrebatado el revólver a su dueño, lanzándolo a continuación hacia el cercano imbornal de una alcantarilla. Mientras, Sawndee continuaba chillando, sin dejar de dar ridículos saltitos sobre el pie sano.

En aquel instante, un coche se detuvo casi frente al grupo, con fuerte chirrido de frenos. Benn miró en aquella dirección y vio asomar el cañón de una pistola por la ventanilla derecha.

—¡Cuidado, Barry! —gritó.

El gigante vio también el arma y se situó detrás de Sawndee. Benn, aterrado, se tiró al suelo, justo cuando la boca de la pistola empezaba a escupir sonoras llamaradas.

Sawndee lanzó un agudísimo chillido. Dentro del coche, alguien lanzó una obscena maldición.

—¡Ése no, idiota! ¡Arranca, Garr!

Golder se había agachado y sostenía a Sawndee con ambas manos. El coche quedaba un poco a su izquierda. El hombre de la pistola escondió el arma. Entonces, Golder levantó en peso el cuerpo de Sawndee y lo lanzó contra el vehículo, que ya arrancaba con tremendo ímpetu.

El cuerpo de Sawndee quedó atravesado sobre el motor, delante del parabrisas. Benn levantó un poco la cabeza. El espectáculo, se dijo, no había terminado todavía. Allí tenía un coche que se alejaba a toda velocidad, con un cadáver atravesado sobre el motor.

La gente contemplaba la escena con curiosidad. Dentro del automóvil, Olsen vomitaba maldiciones a pleno pulmón.

—¡Para, para, Garr, tenemos que quitarnos de encima ese maldito fiambre!

Garr aplicó el freno, pero en aquel instante, Sawndee pareció revivir y se agarró con ambas manos a los limpiavidrios. Butchie se horrorizó al ver el ensangrentado rostro del negro a pocos centímetros del vidrio.

Entonces, como consecuencia del frenazo, otro coche chocó con el de los hampones, lanzándolo hacia adelante con enorme violencia. Esta vez, Sawndee no pudo resistir el empujón y salió disparado por delante del coche. Rodó por tierra y aulló espeluznantemente al sentir las ruedas que le pasaban por encima del cuerpo.

El otro coche lo atropelló también. Garr pisó el acelerador a

fondo, ahora ya libre de su inesperado pasajero. En la calle se oían innumerables gritos de terror.

El segundo conductor tampoco quiso esperar a la Policía y se dio a la fuga. Benn estaba todavía en el suelo y se sintió izado a pulso.

—Será mejor que desaparezcamos —dijo.

Echaron a correr. Detrás de ellos, quedaba un descomunal pandemónium. Alcanzaron una calle transversal y moderaron el paso.

—Barry, a mí me va a dar algo... —se lamentó Benn.

—Nunca debió haber venido por aquí. Tendría que haber esperado a que yo le llamase —contestó Golder.

—Ahora lo veo claro, pero ¿cómo podía saberlo?

—El botín está seguro, dondequiera que lo escondiese el Araña. Por tanto, es mejor hacer las cosas con toda tranquilidad, sin apresurarse demasiado, y así estaremos seguros de que no nos ocurrirá nada.

—¿De veras? Con Red Tom Olsen y sus secuaces a la zaga, no podemos estar tranquilos, Barry.

—Sí, es cierto —admitió Golder—. De todas formas, me parece, no son los únicos que buscan el botín. Sawndee era uno de ellos y, aunque Red Tom le acusó de la muerte de Olympia, personalmente no estoy seguro que lo hiciera él. Era un pobre diablo. ¿O no vio cómo él mismo se atravesó el pie con su propia pistola?

Sí, había resultado risible en un principio, aunque la comedia había derivado luego en drama, cuando Red Tom y sus secuaces aparecieron en escena, pensó Benn.

La manaza del gigante se apoyó en su hombro.

—Váyase a dormir tranquilo y despreocúpese por ahora del asunto. Si hay novedades, yo le llamaré por teléfono. ¿Entendido, señor Benn?

—Barry, después de lo que he visto, ¿cree que podré pegar ojo?

—Vacíe media botella y verá qué bien duerme —contestó Golder con una risa franca, estrepitosa, tan jovial como si en aquella noche de pesadilla no hubiese ocurrido absolutamente nada.

CAPÍTULO VI

—Se reía como si no hubiese pasado nada —soliloquió Benn a la mañana siguiente, contemplándose las ojeras en el espejo del cuarto de baño—. Estuvieron a punto de romperme todos los huesos; luego, uno de los ladrones, por lo menos, resultó con el cráneo cascado como si hubiese sido un huevo; una mujer corrió desnuda por una calle concurrida, perseguida por un negro gigantesco que la azotaba continuamente en las posaderas... un negro presuntuoso y ridículo quiso amenazarnos y se hirió él mismo con su pistola... Intervino un trío que mató al herido por su propia pistola y se lo llevó en el coche cuando se dieron a la fuga...

Todavía le daba vueltas a la cabeza y recurrió al chorro frío de la ducha para despejarse. Poco después, tomó dos aspirinas y dos tazas de café y empezó a sentirse mejor.

Palpó la llave de la consigna del ferrocarril, que no había soltado un solo momento. Casi se sintió satisfecho. Brooks se la había entregado segundos antes de morir y era algo que no sabía nadie, ni siquiera la propia Myra.

La llave, supuso, conducía al lugar donde el Araña había escondido su fabuloso botín. Por un momento, pensó en los dos millones de dólares en joyas y valores, y hasta le acometió la tentación de quedarse para sí aquella enorme fortuna.

Luego, el sentido común se impuso.

—¿Para qué quiero yo tanto dinero? —se dijo—. No soy ambicioso, me conformo con relativamente poco, lo justo para vivir sin agobios... Además, ¿a quién, dónde y cómo vendería las joyas sin despertar sospechas? Posiblemente, tendría que malvenderlas y me darían a lo sumo una cuarta o una quinta parte del valor total... ¿Y los valores bancarios? También tendría que malvenderlos y el

resultado sería que daría algo que vale dos millones por un cuarto de millón, en el mejor de los casos...

El teléfono sonó de pronto, arrancándole a sus poco agradables meditaciones.

—Soy Benn —dijo.

—¡Hola, Patrick! —saludó Myra con desenvoltura—. ¿Cómo te encuentras?

—No puedo quejarme. Todo va bien, no te preocupes.

—Barry ha estado hablando conmigo y me contó la aventura de la noche pasada. Debió de ser emocionante, ¿verdad?

—Myra, desearía no haberte conocido —dijo el joven secamente—. Estoy envejeciendo aceleradamente. En esta semana escasa que llevamos de conocimiento, han ocurrido cosas que han arrojado sobre mi espalda una veintena de años. Si esto sigue así, la semana próxima tendré la barba blanca y necesitaré un bastón para ayudarme a caminar por la calle.

Myra rió alegremente.

—No exageres las cosas, hombre pesimista —contestó—. Oye, ¿podrías reunirte conmigo para almorzar juntos?

—¿Tienes permiso del ogro?

—¿Qué ogro, Patrick?

—Ese hombre que no permitirá que te cases con un hombre pobre.

—Ah, te refieres a mi padre Bueno, mientras no le anuncie la boda con un hombre sin medios de fortuna... A las doce y media, en el Jolly Sailor. ¿Te parece bien?

—¡Caray! —se asombró el joven—. Myra una vez llevé una chica a ese restaurante y cuando pagué la cuenta, tuve que salir a la calle metido en un barril vacío, como en los chistes. Y además me marché solo.

—¿Te dejó ella?

—Dejé todo mi dinero, mis ropas, mi reloj y a la chica la vendí como esclava; así pude pagar la cuenta.

Myra rió estruendosamente.

—Eres un chico maravilloso —dijo—. Descuida, me conocen allí y diré que pague la cuenta el papá ricachón, ¿te parece bien?

—Después de que le pasen la factura, las acciones de su compañía caerán en picado —dijo Benn—. Está bien, a las doce y

media en el Jolly Sailor.

Colgó el teléfono, sacó la llave y la hizo saltar unos momentos en la palma de la mano. Tenía tiempo de ir a la consigna de la estación del ferrocarril, pero un sexto sentido le dijo que era prematuro. Por otra parte, no podía correr el riesgo de llevarla consigo constantemente. Podía perderla y...

Lo mejor sería esconderla en un sitio donde nadie pudiera encontrarla. Después de reflexionar unos momentos, creyó haber hallado el sitio apropiado.

Entonces, se sintió mucho más tranquilo. La llave, se dijo, era una especie de rehén que podría utilizar en un momento dado, si era necesario. Porque en aquel asunto, había algunas cosas oscuras que, aparte de no entenderlas del todo, no acababan de gustarle en absoluto.

* * *

Poco después de las once salió de su casa. Quería hacer una prueba. Iría a la estación del ferrocarril y merodearía un rato por la consigna, al objeto de averiguar si había alguien esperando allí a que fuese a abrir determinado compartimento o si era seguido por alguien. Bajó al aparcamiento subterráneo de su casa, entró en el coche y lo puso en marcha. Entonces sintió en su nuca el contacto de una cosa dura y fría.

—Ha tardado mucho, señor Benn —dijo alguien—. Francamente, no creíamos que se decidiese a salir de su casa y ya empezábamos a pensar en marcharnos. Por fortuna, no ha sido así.

—¿Qué es lo que quiere de mí? —preguntó el joven, procurando dominar el temblor que se había apoderado de su cuerpo.

—No se preocupe —contestó el desconocido—. Sólo vamos a dar una vueltecita por la ciudad. Usted conducirá normalmente, sin prisas, aunque tampoco sin andar a paso de carreta. Estaremos cosa de una hora y luego quedará libre.

—¿Por qué? —se extrañó Benn.

La pistola hizo presión en su nuca.

—No haga más preguntas y siga —ordenó el sujeto—. A partir de este momento, yo esconderé la pistola, pero estará apuntada a su espalda en todo instante. ¿Lo ha entendido?

—Sí, desde luego.

Salieron a la calle y Benn empezó a dar vueltas con el coche, mientras se preguntaba por los motivos del comportamiento de su inesperado pasajero. De pronto, creyó haber hallado la solución.

En aquellos momentos, alguien estaba registrando su apartamento. El mantenerle al menos una hora alejado de su casa, tenía por objeto evitar las consecuencias de un regreso inesperado. Se felicitó a sí mismo, por haber escondido la llave. «Nunca darán con ella», pensó, satisfecho.

Transcurrió media hora. Delante de él, un semáforo se puso en ámbar. Benn frenó suavemente y se detuvo justo cuando aparecía el color rojo.

Segundos después, otro coche se detuvo junto al suyo. Iba pilotado por una mujer. Le pareció joven y hermosa, pero llevaba un pañuelo anudado bajo la barbilla y tenía puestas unas enormes gafas de color. Ella volvió la cabeza, le miró un instante y luego retrasó aún más la mirada.

Benn se dio cuenta de que parecía interrogar con la vista a su pasajero. Se escorzó un poco y, a través del espejo, pudo ver al sujeto que hacía señas con la mano izquierda. «Esté tranquila, todo va bien y Benn no puede moverse de su coche», parecía decirle con los gestos.

La mujer hizo un breve movimiento de cabeza. El rojo se tornó verde y ella arrancó. Benn lo hizo segundos después, con plena deliberación.

Una de las cosas que más le enorgullecía era su memoria casi fotográfica. En menos de un segundo, las cifras de la matrícula del otro coche pasaron a sus archivos mentales.

«No tardaré mucho en saber quién es esa pájara», pensó.

Diez minutos más tarde, el pasajero le dio una orden:

—Entre en el parque, por favor.

—Sí, señor —contestó Benn cortésmente.

Rodaron lentamente por el camino destinado a los coches. Un par de minutos más tarde, el hombre le ordenó detenerse en un paraje solitario.

—Bájese. No intente nada; recuerde mi pistola —dijo.

—Descuide, amigo; soy un ferviente partidario de la vida larga.

—Tiene usted un humor estupendo, señor Benn. De verdad, me

desagrada muchísimo hacer esto, pero no me queda otro remedio...

—Ya, la crisis mundial y la falta de empleo, ¿verdad?

—Algo por el estilo. —Ya se habían apeado y estaban fuera del coche—. ¿Tiene la bondad de seguir adelante, por ahí?

Benn echó a andar por la hierba, en un lugar donde abundaban mucho los árboles. El suelo hacía una ligera pendiente ascendente y pronto llegaron a un punto desde donde el camino resultaba invisible.

—Aquí —dijo el pistolero.

—¿Va a matarme? —preguntó Benn, repentinamente asustado.

—Oh, no; sólo quiero registrarle.

De pronto, Benn percibió un movimiento a su espalda y se ladeó con fuerza. Algo pasó silbando junto a su hombro derecho y adivinó que el pistolero quería atontarle, para proceder al registro sin inconvenientes.

Furioso, estiró el pie derecho hacia atrás y alcanzó una rodilla. Sonó un grito de dolor.

Benn comprendió que no podía quedarse quieto, si quería seguir indemne. Giró en redondo y vio al pistolero agachado, agarrándose la rodilla con una mano, mientras que con la otra hacía esfuerzos para levantar el arma.

Volvió a usar el pie y la pistola saltó por los aires. El hampón cayó de costado.

Benn se sentía terriblemente irritado. Estuvo a punto de apoderarse de la pistola y emprenderla a tiros con su dueño, pero un resto de razón le impidió recurrir a medios tan extremos. En lugar de usar el arma, empleó el pie derecho por tercera vez.

El pistolero se sentaba en el suelo y recibió el impacto en plena boca. Lanzó un rugido inhumano, cayó de espaldas y ya no se movió más.

—Hijo de... —masculló Benn.

Por fortuna, nadie había presenciado el incidente. Iba a marcharse ya, cuando se le ocurrió una idea. Agachándose, empezó a registrar al pistolero.

Momentos después, un fajo de billetes pasaba a su poder. Calculó que no había menos de novecientos o mil. Debía de ser el «importe» de su trabajo, supuso. Poseído por un rencor como nunca había sentido, decidió dar una buena lección al pistolero.

Minutos más tarde, bajaba con un cargamento de ropas en los brazos. Incluso se llevaba la pistola. El hampón quedaba allí, completamente desnudo. Ya empezaba a recobrase, pero Benn se marchó antes de que se diera cuenta cabal de lo que le había sucedido.

Volvió al coche. Diez minutos más tarde, estaba en el apartamento.

Había sucedido tal como lo calculase El registro, sin embargo, había sido realizado con cierta moderación y el desorden era mínimo. Pero los intrusos no habían encontrado la llave.

Lanzó una alegre carcajada. Se había burlado de ellos y, además, había ganado un millar de dólares.

—Ya tengo pagada la cuenta del Jolly Sailor —se dijo.

Iba a salir, cuando recordó algo. Levantó el teléfono, marcó un número y no tardó mucho en oír un vozarrón conocido:

—Golder. ¿Quién me llama?

—Benn. Escuche, Barry tengo un número de matrícula. Me interesa conocer la identidad del dueño de ese coche. ¿Podría usted averiguarlo?

—Eso está hecho, amigo. Deme el número y tendrá la respuesta antes de una hora.

—Muy bien, anótela y cuando lo sepa, llámeme al Jolly Sailor. Estaré almorzando allí con la señorita Muir.

—De acuerdo, señor Benn.

Momentos más tarde, Benn colgaba el teléfono. Se frotó las manos. Muy pronto, se dijo, tendría las respuestas a ciertos puntos que todavía se le antojaban oscuros.

CAPÍTULO VII

Myra hizo un gesto de enojo al verle aparecer frente a la mesa que había encargado en el restaurante. Levantó el brazo izquierdo y le enseñó un costoso reloj de pulsera, de platino y diamantes.

—Te has retrasado casi un cuarto de hora —dijo acusadoramente.

Benn se sentó frente a ella. Alargó las dos manos, cogió la muñeca de la joven y contempló el reloj durante unos instantes.

—¿Cuánto te costó? —preguntó.

Myra se sorprendió.

—Cuatro mil ochocientos... ¿Eh, qué te importa a ti...?

—Ese reloj no vale ni la centésima parte del precio que pague. Metal barato, con piedras de imitación, y una maquinaria corriente. Te timaron, sencillamente.

—¡No puede ser! Lo compré en una de las mejores joyerías...

—Hermosa, soy entendido en joyas uno de los más acreditados expertos, por si no lo sabías. Hace algún tiempo, se detectó una importante falsificación de esa marca. Tú te llevaste uno de esos ejemplares, así de sencillo.

—Vaya, quién lo hubiera dicho...

El *maitre* se acercó en aquel momento.

—¿Servimos el almuerzo, señorita? —consultó.

—Sí, Octavius, cuando quiera —respondió ella.

—Gracias, señorita. Con su permiso...

Myra apoyó los codos en la mesa y fijó la vista en el joven.

—Dejando de lado el timo del reloj, ¿puedes explicarme por qué has tardado tanto en venir?

—Myra, ese tono no me gusta en absoluto —contestó Benn—. Estás tratándome como si fueses Masterson, aunque, desde luego,

con más dureza, puesto que eres la hija del jefe. Pero ya no trabajo en la empresa de tu padre, eso en primer lugar, y en segundo, si te ayudo, es por mi propia voluntad, no por el sueldo o la recompensa que puedas darme en alguna ocasión, más adelante. ¿Has comprendido bien lo que quiero decirte?

Ella tenía la boca abierta, estupefacta por lo que acababa de oír. Durante unos segundos, no supo qué decir. Luego, de pronto, irguió el torso.

—Escúchame, Patrick, estamos metidos en un asunto...

—No. —Contradijo él con firmeza—. Estás metida tú, y tu padre. A mí no me han robado dos millones de dólares y no me arruinaré si ese botín no aparece. Tienes que esforzarte por comprender una cosa: tu posición no te da derecho alguno a tratarme como si fuese un empleado de ínfima categoría. Ni que fuese un esclavo tuyo, vamos.

Un impasible camarero empezó a servir la sopa. Myra se ladeó para mirar al joven por un lado del brazo del camarero.

—Patrick, te aseguro que no sé a qué viene esa actitud —dijo.

—Lo sabrás ahora mismo. A partir de este momento, se hará lo que yo diga y no lo que tú quiere: Si deseas que siga ayudándote, habrás de obedecerme en todo. ¿Está claro?

—Hombre, si te pones así...

—Es hora de que empieces a pensar que no basta ser la hija de Warren Ackles para conseguir todo lo que se te antoje ni zarandear a las personas como si fuesen muñecos. He tardado en venir, simplemente, porque no he podido; aún más, he estado a punto de sufrir un serio disgusto. ¿Sabes tú acaso lo que es dar vueltas por la ciudad constantemente, con el coche y un pasajero en el asiento de atrás, apuntándote con una pistola?

—¿Eso ha sucedido? —exclamó Myra atónita.

—Como lo oyes.

Benn relató todo lo que le había ocurrido desde que entró en el coche. Sin embargo, ocultó los motivos de aquel breve secuestro.

—Pero ¿por qué lo hicieron? —preguntó ella, cuando Benn hubo terminado su narración.

El joven se encogió de hombros.

—No se lo pregunté —repuso—. Lo que sí hice, después de dejarlo sin sentido, fue darle una buena lección.

—Si estaba desmayado, no habrá podido aprovechar la lección —sonrió Myra.

—¡Ya lo creo que sí! Cuando se despierte, verá que no lleva encima más que la propia epidermis. Lo he dejado como el día en que nació.

—¿De veras? —dijo Myra con ojos chispeantes.

—Así ha sucedido...

Benn se calló de pronto. Un camarero se acercaba en aquel instante, con un teléfono en la mano.

—¿Señor Benn?

—Sí, yo mismo.

—Una llamada para usted, señor.

El camarero se inclinó y conectó el teléfono. Benn levantó el auricular.

—¿Sí?

—Soy Golder. Ya sé quién es la dama del coche. ¿Ha oído hablar alguna vez de Phoenix Armand?

—No tengo la menor idea. ¿Quién es, Barry?

—Tiene una agencia de modelos... —Golder lanzó una risita—. Golfas caras, si me entiende. Claro que no en su casa; ella se limita a recibir los «pedidos» y a despachar la «mercancía», mediante una comisión, como es lógico.

—Ya entiendo.

—Si piensa ir a verla, tenga cuidado con sus dos gorilas favoritos, Curley Hyams y Rudy Cartland. Muerden.

—Bueno, iré prevenido. Pero me parece un nombre muy raro...

—Debe de ser un seudónimo, pero es muy conocido en ciertos ambientes. Bueno, vaya a verla al cuatro mil doscientos dos de North Side Hills. Es barrio caro.

—De acuerdo. Gracias.

Benn colgó el teléfono. Myra esperó su aclaración sobre la llamada que acababa de recibir.

En el mismo instante, un hombre de mediana edad, bastante apuesto, se acercó a la mesa.

—¡Myra, querida! ¡Cómo me alegro de verte! ¿Qué tal te encuentras?

—Oh, señor MacCombs... Es una sorpresa inesperada... Permítame, Patrick Benn, un excelente amigo. Patrick, te presentó

al señor MacCombs, un buen amigo de la familia.

Los dos hombres se saludaron cortésmente.

—Myra, este muchacho, ¿es sólo un amigo? —preguntó MacCombs maliciosamente.

—Nada más —contestó la muchacha riendo—. No sea mal pensado, hombre; todavía no tengo intención de casarme.

—Bueno, no te preocupes, todo llegará. A propósito, ¿sabes dónde está tu padre?

—En la oficina, supongo —contestó Myra.

—Tengo que hablar con él. Procuraré hacerlo hoy mismo.

—Inténtelo, señor MacCombs. Oiga, ¿cómo va su... asunto?

—Mal, cada día peor —contestó el hombre—. Bien, no quiero molestarles más. Señor Benn, ha sido un placer. Myra, consérvate tan guapa como hasta ahora.

MacCombs se marchó. Ella jugueteó un instante con el tenedor.

—¿Sabes quién es, Patrick? —preguntó al cabo.

—No tengo la menor idea —dijo él.

—Es el dueño de los dos millones.

Benn silbó tenuemente.

—Parece que las cosas no le marchan muy bien...

—Sí, ese divorcio le trae loco. Tiene una mujer que es una arpía, créeme.

—Hay hombres desgraciados en el matrimonio —contestó Benn. De pronto, se puso en pie—. Adiós, Myra.

—¿Te marchas? Pero ¡si todavía no hemos terminado de comer! —protestó ella.

—Tengo que hacer una visita y no quiero perder más tiempo. Ah, tampoco quiero que papá Ackles pague la cuenta de algo que no he consumido.

Ostentosamente, Benn sacó un fajo de billetes y dejó caer varios de cien sobre la mesa.

—Deja la vuelta para los camareros —se despidió, antes de que la estupefacta joven tuviera tiempo de articular palabra.

Luego, en el coche, Benn se dijo que había obrado como un chiquillo bajo el impulso de una rabieta. Pero ya estaba hecho, por una parte, y por otra, pensó, Myra se merecía también una pequeña lección de humildad.

De pronto, se echó a reír.

—¿Irá al joyero a decirle que le timaron con el reloj?

Sería divertido, aunque no podría verlo, si se decidía ella a protestar por una estafa que sólo había existido en la imaginación del joven.

* * *

Después de llamar a la puerta, esperó unos momentos, dándose cuenta de que estaba siendo observado a través de un discreto sistema de televisión. Transcurrió casi un minuto antes de que se abriera la puerta.

—¿Desea algo, caballero?

Benn estudió a la mujer que tenía frente a sí. La había visto con un pañuelo en la cabeza y gafas negras, pero la traza de la zona inferior del rostro no se había borrado de su memoria. Era de buena estatura y cuerpo opulento, con las curvas disimuladas en parte por la flotante túnica que llevaba puesta en aquellos momentos.

El rostro era muy agradable, pero Benn notó algo extraño en sus facciones. De pronto, adivinó las causas. «Te has estirado la piel, muñeca», pensó. Así, la mujer parecía diez años más joven de lo que era en realidad. Aparentaba treinta y cinco, pero los cuarenta y cinco habían quedado atrás.

Benn observó también otro detalle: ella tenía la mano derecha en el interior de la túnica. Seguramente, empuñaba un revólver. Parecía lógico que no se fiase de un desconocido.

—Usted es Phoenix Armand —dijo al cabo.

—Así me llamo, señor...

—Busco compañía. Un amigo me dijo que aquí podría encontrarla.

—Su amigo está equivocado, señor —dijo ella secamente—. No sé quién le ha dado esos informes...

Benn sacó un impresionante rollo de billetes. Estaba todo el dinero encontrado a Brooks, más lo que le había sobrado después de pagar la cuenta del restaurante y que procedía de los bolsillos del pistolero que le había secuestrado.

—Creo que no he sabido explicarme bien, señora —sonrió—. Debí haber empezado diciendo que usted conocía, tal vez, a una chica que quisiera hacer de guía a un forastero, durante algunos

días. Por supuesto, jamás me atrevería a dudar de su virtud, señora Armand.

El gesto de la mujer se dulcificó.

—Ah, siendo así... Pase, pase, señor Benn —invitó cortésmente.

—Muchas gracias, señora.

La casa estaba puesta con bastante lujo. Benn supuso que Phoenix debía de ganar bastante dinero con sus «comisiones», por proporcionar agradable compañía a clientes adinerados.

—Me aceptará una copa, supongo —dijo ella, acercándose a una barra muy bien surtida.

—Será un placer —aceptó Benn.

Phoenix Armand le volvió la espalda unos momentos. Luego, de pronto, se volvió y le apuntó con un revólver de pequeño calibre.

—Y ahora, señor Benn, hablemos claro de una vez —dijo con dureza—. Usted no ha venido aquí a buscar compañía. Dígame bien claro lo que busca o le pegaré un tiro.

El joven procuró disimular la sorpresa que le causaba el inesperado cambio de actitud de la mujer.

—¿Se atrevería a disparar contra mí? —preguntó.

—No lo dude. Me rasgaría las ropas, diría que intentó abusar de mí...

—Pero se encontraría metida en un jaleo de mil demonios. ¿Piensa, acaso, que he venido aquí, sin que alguien lo sepa? Esa persona hablaría de sus archivos, mencionaría también su intervención en un asunto de dos millones... No saldría tan bien librada como piensa, créame.

Phoenix vaciló. Sonriendo, Benn se acercó a ella y le quitó el revólver, sin encontrar resistencia.

—Y ahora, hablemos de los dos millones —propuso.

—¿Cómo ha sabido que yo estaba metida en este asunto?

—Se paró con su coche, en un semáforo, junto al que yo conducía, con un tipo detrás que me apuntaba con una pistola.

—Aun así, usted no me conocía...

—Anoté la matrícula de su coche, Phoenix.

Sobrevino un momento de silencio. Ella parecía reflexionar sobre lo que más le convenía. Al fin, levantó la cabeza y sacó el pecho.

—No sé nada de esos dos millones —dijo.

—Claro que no sabe nada. Si los tuviera en su poder, no necesitaría ir por ahí buscándolos desesperadamente —contestó Benn con ironía.

—Pero, es que usted no me entiende...

Benn se acercó a ella y la agarró por un brazo.

—¿Por qué me secuestraron? —preguntó.

—No diré nada...

De súbito, Benn tiró de la mujer hacia sí, pero continuó reteniéndola y ella giró a la fuerza. Luego la soltó y Phoenix fue a parar violentamente contra un diván.

—Escúcheme, señora —dijo, apuntándola con el índice—. Uno de sus micos me ha dado un susto de muerte. Él dijo que no, pero no estoy seguro de que no hubiese tratado de eliminarme, si yo no le hubiese puesto fuera de combate.

—¿Se refiere a Cortland?

—Ah, era él... Bueno, sí, supongo que era Cortland. Todavía no se me ha ocurrido examinar su billetera.

—¿Qué le ha hecho? —gritó Phoenix.

—Le di una buena zurra y luego lo abandoné desnudo en el parque —rió Benn—. ¿Qué buscaba Curley en mi apartamento?

Phoenix pareció perder la serenidad.

—Brooks le dio algo antes de morir, ¿verdad?

Benn entornó los ojos.

—¿Qué le hace suponer una cosa semejante? —inquirió.

—Tengo buenos informadores —respondió ella.

—Pues no me dio nada —mintió Benn con toda desenvoltura—. Cuando llegué junto al coche, Brooks agonizaba ya; había perdido el conocimiento y no dijo nada.

Phoenix meneó la cabeza.

—Entonces, habría que preguntarle a Dina Markham —murmuró, como si hablase consigo misma.

—¿Quién es esa mujer? —preguntó Benn.

Ella levantó la cabeza, como si se sorprendiese de algo que había hecho maquinalmente.

—No he dicho nada —contestó con viveza.

Benn sonrió.

—Ya he oído bastante —dijo.

Dio media vuelta para dirigirse a la puerta, pero en el mismo

instante oyó un débil chasquido. Giró de nuevo y, horrorizado, vio a Phoenix que se inclinaba de lado, para caer fuera del diván.

Detrás de ella había una ventana entreabierta. Benn alcanzó a divisar la mano enguantada que sostenía una pistola con silenciador. Tenía ya cierta experiencia y se tiró al suelo instantáneamente, rodando sobre sí mismo, para eludir posibles disparos.

Pero, con gran asombro por su parte el pistolero no volvió a usar más el arma.

CAPÍTULO VIII

Al cabo de unos momentos, Benn se puso en pie. Apreensivo, se acercó a Phoenix y entonces vio el siniestro orificio que tenía en la cabeza, detrás de la oreja izquierda.

Ella había muerto sin saber siquiera lo que le sucedía. Benn se preguntó quién y por qué había asesinado a la mujer, pero, se dijo, eran preguntas de muy difícil respuesta.

Lo mejor era alzar el vuelo y marcharse de la casa antes de que fuese demasiado tarde. El asesino se había perdido ya de vista, durante el tiempo que había permanecido en el suelo, tratando de escurrir el bulto. Fuese quien fuese, era inútil soñar en perseguirlo.

Además, tenía una pistola. Claro que él guardaba la de Cortland, pero le repugnaba usarla. Además, podía verse en un compromiso...

Súbitamente, a través de la ventana, divisó a un hombre que cruzaba el jardín en dirección a la casa. Benn se dio cuenta de que podía ser sorprendido junto al cadáver y maldijo su mala fortuna, que le había puesto en semejante compromiso.

Reconoció al hombre y se sintió asombrado en un principio, pero el instinto de conservación era muy fuerte y le hizo buscar un escondite. No conocía bien la distribución de la casa, pero vio al fondo unos espesos cortinajes y los alcanzó en dos saltos, justo cuando oía el ruido de una llave en la cerradura.

Retiró los pies todo lo que pudo, para que no se vieran asomar por debajo de las cortinas, y contuvo la respiración.

Aunque no lo veía, pudo oír los pasos del recién llegado. Luego percibió una exclamación ahogada, seguida de una espantosa blasfemia.

Detrás de Benn sonó un ligero chasquido. Algo le presionó levemente la espalda, pero no se movió un solo músculo. El hombre

empezó a registrarlo todo.

Inesperadamente, se oyó un fuerte chirrido de frenos en la calle. El intruso fue a la ventana, miró un instante y salió disparado en dirección opuesta a la puerta. Saldría por la parte posterior, calculó Benn, que en aquellos momentos temblaba de puro pánico.

De pronto, vio que podía mirar a través de una delgada rendija y acercó el ojo izquierdo. Dos hombres entraron en la casa, uno de ellos cubierto con un impermeable, debajo del cual se veían las piernas desnudas y descalzas.

—Rayos —dijo uno de ellos—. ¡Está muerta!

—¡Se la han cargado! —exclamó el del impermeable. Tenía la boca amoratada y Benn juzgó que eran las consecuencias de su puntapié—. ¿Sabes quién ha podido ser, Curley?

—No tengo la menor idea, Rudy. Sólo sé una cosa: se nos ha acabado la bicoca.

Cortland hablaba con dificultad.

—Benn me ha jugado una mala pasada y, además, se llevó todo el dinero que tenía. Cuando me lo eche a la cara, le voy a...

—Déjate ahora de lamentaciones —cortó Hyams—. Ella tenía «pasta» por alguna parte. Lo mejor será que busquemos y luego nos larguemos con viento fresco.

—En su gabinete privado sin duda, Curley.

Los dos sujetos se alejaron hacia el interior de la casa. Benn decidió continuar en el escondite. Tenía que atravesar el jardín a la fuerza y si le veían, la emprenderían a tiros con él.

Oyó ruidos de muebles que se rompían y resquebrajaban. Un cristal estalló con fuerte chasquido. Sonaron algunas exclamaciones de ira.

—Vámonos, es inútil que continuemos buscando más —dijo uno de los matones.

—Se me ocurre una idea. ¿Por qué no venimos a la noche, cuando todo el barrio esté durmiendo? Podemos hacerlo con menos prisas... Ella tenía mucho dinero en casa, estoy seguro, Curley. Por la noche, podemos poner todo patas arriba, ¿eh?

—Está bien, larguémonos.

Benn sintió un enorme alivio al comprobar que los hampones se alejaban. No obstante, precavido, esperó unos minutos todavía. Podía ser una trampa para hacerle salir de su escondite.

Pero Hyams y Cortland se habían marchado de verdad. Respirando con fuerza, Benn apartó las cortinas y dio un par de pasos hacia adelante.

Entonces, recordó el chasquido que había oído antes y la cosa que había presionado su espalda. Al volverse, vio, enormemente asombrado, un cajón que sobresalía de la pared unos diez centímetros.

El cajón formaba parte de la decoración de paneles de madera que había bajo las cortinas. Benn adivinó que su espalda, involuntariamente, había presionado un trozo de la moldura, que accionaba el muelle de apertura. Tiró del cajón un poco más y vio un par de gruesas libretas, con tapas negras. También vio algo más: cuatro ordenados fajos de billetes, todos ellos de cien dólares. Cada fajo tenía, al menos, doscientos billetes.

Una verdadera fortuna, se dijo, entornando los ojos. ¿Debía dejar el dinero allí?, se preguntó.

Al cabo de unos momentos, tomó una decisión. Era dinero conseguido con malas artes. Cortland y su compinche no harían buen uso de él, si lo encontraban. Y él sabía qué destino darle a aquellos ochenta mil dólares.

Fue a la cocina y buscó una bolsa, en la que puso el dinero y las libretas. Empujó el cajón, se aseguró de que quedaba cerrado y luego procuró limpiar los lugares que había tocado con las manos desnudas.

Finalmente, salió de la casa. Quince minutos más tarde, se detuvo ante una iglesia.

Conocía al párroco y sabía de sus dificultades monetarias. No lejos de la iglesia, vio una tienda donde vendían artículos de escritorio, entre otras cosas.

El dinero quedó envuelto en un papel fuerte, atado con un cordel. Dentro, dejó un breve mensaje, sin firma. Luego, se acercó a la parte posterior de la iglesia, donde había un patio ajardinado. El paquete con el dinero voló por encima de la tapia. El padre Márquez podría, al fin, acometer las obras de reconstrucción de su maltrecha parroquia. También atendería a muchas necesidades de sus feligreses maltratados por los reveses de la fortuna.

Silbando alegremente, con el corazón ligero y el ánimo exultante, regresó al coche. Tenía que ver a Dina Markham, pero lo

dejaría para el día siguiente.

Y, después de hablar con la tal Dina, iría a la estación del ferrocarril, a ver qué diablos había en la dichosa caja de la consigna.

* * *

Terminó de ducharse, se secó y, tras ponerse ropa limpia, fue a la sala y se sirvió una pequeña dosis de *whisky*. Ahora, se propuso, leería las libretas encontradas en la casa de Phoenix y...

El timbre de la puerta le hizo olvidar momentáneamente sus proyectos. Fue a abrir y se sorprendió enormemente al ver a Myra.

—¿Puedo pasar? —preguntó la muchacha.

—¿Puedo negarte el permiso para que entres?

Benn se echó a un lado. Myra entró, taconeando vivamente. Esperó a que el joven cerrase la puerta y luego, volviéndose bruscamente hacia él, le asestó un fuerte bofetón.

La mano de Benn subió instintivamente a la mejilla golpeada.

—¿Por qué? —preguntó, cortés, a pesar de todo.

—Imagínatelo —contestó ella—. He hecho el ridículo más espantoso. Fui a la joyería y organicé un escándalo fenomenal, a cuenta del reloj supuestamente falso. No puedes figurarte cómo me sentí cuando me demostraron que era auténtico y que no se había producido ninguna falsificación, ni tampoco me habían estafado. —Myra ajustó la correa del bolso en el hombro y luego puso las manos en las caderas—. Patrick, ¿por qué me has jugado esa mala pasada?

Benn rió con ganas. Luego buscó el vaso que acababa de servirse y tomó un buen trago.

—Te lo merecías, por estúpida, orgullosa, presumida y vanidosa. Cuando llegué con retraso, en lugar de preguntarme qué me había pasado o aguardar mis explicaciones, me refregaste el maldito reloj por las narices. Lo que menos pretendías era mostrarme la hora, sino hacer que viera una joya carísima, que me diera cuenta claramente de quién eras tú y quién era yo. La hija del patrón y el pobre empleado, despedido por insolentarse con un superior... tu asalariado también, en un maldito asunto que me va a matar a disgustos...

Benn se calló un instante, faltó de aire. Luego terminó de vaciar el vaso.

—El incidente queda cancelado, al menos por mi parte —añadió

—. ¿Tienes algo más que decirme?

Myra se encaminó hacia la puerta.

—¡Sí! ¡Estás despedido! —gritó.

—Eso, ¿qué quiere decir?

—Simplemente, que puedes dejar de trabajar para mí. Ya me las arreglaré yo como pueda.

—Muy bien, allá tú. ¿Seguirá colaborando Golder contigo?

—Eso espero. Ya le llamaré por teléfono...

—Yo también tengo que hacerlo. Debo preguntarle por cierta persona que, me parece, tenía relación con el Araña.

Myra se volvió rápidamente.

—¿Quién es, Patrick?

El joven sonrió.

—No te lo diré. Eso ya no te importa en absoluto.

—A ti no te han robado dos millones de dólares, ¿verdad?

—Si poseyera esa suma, la tendría a buen recaudo, en un banco, produciéndome, al menos, un doce por ciento de interés. Imagínate, veinte mil mensuales... ¡Menuda vida me iba a pegar!

—Mi padre tiene que responder de esa cantidad —le recordó ella.

—Ya lo sé.

Los ojos de Myra escudraron el rostro de su interlocutor.

—Patrick, tú sabes más de lo que aparentas —dijo.

—Ya no trabajo para ti. Me has despedido.

Ella pateó el suelo.

—A veces, eres odioso. ¿Por qué haces que me irrite? Yo no soy así, te lo aseguro... pero el incidente de la joyería, me ha puesto de mal humor... Casi amenazaron con demandarme...

—Te merecías esa lección —insistió él, sin pestañear—. Por cierto, ¿conoces a la esposa de MacCombs?

—Sí, bastante —respondió ella, sorprendida—. ¿Por qué lo dices?

—Tengo que hablar con ella, pero necesitaría que alguien me presentase. Una persona de cierta confianza para la señora MacCombs, por supuesto.

—Bueno, ya sabes cómo está el asunto... Él quiere divorciarse, pero teme la reacción de su mujer, en el aspecto económico, claro...

—Mañana te llamaré, para que la telefonees y anticipes mi visita —dijo Benn.

—De acuerdo, pero ¿no puedo saber de qué se trata? ¡No me digas que te he despedido! —chilló Myra repentinamente—. Retiro lo dicho, Patrick.

Benn rió con suavidad. De pronto, se le acercó a la joven, la cogió en brazos y la besó fuertemente.

—Este beso sella la paz —dijo al separarse—. Conservaré en mi memoria el recuerdo de este momento, el más hermoso de mi vida, sabiendo que no podrá repetirse y que otro, más afortunado, gozará del calor de tus labios, un hombre adecuado a tu posición, mientras que yo, mísero insecto, veo volar muy alto a la mariposa de bellos colores, sin alcanzarla jamás.

Ella tenía la boca abierta, estupefacta. Benn se echó a reír.

—Ha sido un discurso infame, aunque, en el fondo, sucederá así. Bueno, Myra, vete o no respondo de mí.

Ella echó a andar hacia la puerta. El joven se extrañó de su actitud.

—¿No me dices nada? —preguntó.

Myra pareció reflexionar un momento. Luego dijo:

—Mañana procuraré ponerme en contacto con Lilian MacCombs.

—Que no se entere su marido —advirtió él.

Myra asintió en silencio. Abrió la puerta y desapareció de la vista de Benn.

—Pues, Señor, ¿qué le habré hecho yo? —murmuró el joven para sí, muy intrigado por el extraño comportamiento de Myra—. La he besado, sí, pero no me parece que sea para quedarse como idiotizada...

Al cabo de unos momentos, se encogió de hombros. Bien mirado, un beso no era cosa de mayor importancia.

CAPÍTULO IX

La mujer que le abrió la puerta a la mañana siguiente, era alta, fornida, de pelo castaño, abundante, y rostro duro y poco acogedor. Benn pensó que, si había tenido alguna relación con el Araña, se debía sin duda a la atracción de los polos opuestos. Vivo, el Araña apenas si habría llegado al hombro de la mujer. Pero éste era un extremo que todavía estaba por comprobar.

—Me llamo Benn —dijo, sin más preámbulos—. Deseo hablar unos momentos con usted, señora Markham.

—«Señorita» —corrigió ella—. Soy soltera, señor Benn.

—Lo siento. Pensé que...

—Nunca me casé. Estoy bien así... pero ¿qué es lo que desea de mí?

Benn decidió salir de dudas cuanto antes.

—¿Conocía usted a Harry Brooks? —preguntó de sopetón.

La expresión de la mujer cambió en el acto.

—Era mi... bueno, eso no importa ahora —contestó—. ¿Por qué lo pregunta?

—Si me permite pasar, hablaremos con más tranquilidad —dijo el joven—. Además, es probable que usted pueda ganarse algún dinero, gracias a sus respuestas.

Benn había observado ya la modestia del apartamento, aunque no por ello dejaba de estar bien cuidado. Dina le indicó un asiento.

—Empiece —dijo.

—Gracias. Señorita Markham, no vamos a andarnos con rodeos. Usted y yo sabemos lo que hacía Harry. Por eso mismo, lo mataron.

—Sí, es cierto —admitió ella secamente.

—Bien, el último golpe de Harry le reportó dos millones de dólares. Escondió el botín en alguna parte y yo lo estoy buscando.

Usted, quizá, puede ayudarme con sus informes a encontrarlo. Estoy en condiciones de asegurarle que, si fuese así, recibiría una buena recompensa por parte de la víctima del robo.

—Dos millones —exclamó Dina, atónita—. No me lo puedo creer, señor Benn.

—Pues así es, aunque le extrañe. ¿Es que Harry no le dijo cuánto le había reportado el último golpe?

—No, en absoluto. Dijo solamente que le habían encargado asaltar una caja fuerte y que por ello recibiría cincuenta de los grandes. Era una suma muy confortable y pensaba establecerse y dejar una vida agitada y llena de riesgos. Yo le apoyaba, porque también estaba cansada de esta existencia... pero las últimas noticias que tuve de él fue que estaba en la Morgue.

—O sea, no le vio después de haber asaltado la caja fuerte donde estaban los dos millones de dólares.

—Bueno, sí, me llamó por teléfono y dijo que todo había salido bien y que ahora sólo faltaba cobrar los cincuenta mil dólares que le habían prometido. Pero eso fue todo lo que supe de él, hasta que conocí la noticia de su asesinato.

—Señorita Markham, parece ser que Harry no se fiaba de la persona que le encargó el asalto y que escondió el botín en alguna parte. ¿Tiene idea de dónde puede estar ese escondite?

Dina movió la cabeza enérgicamente.

—No —contestó en el acto—. Harry no obraba jamás de esa manera. Siempre volvía a casa, después de uno de sus golpes, con el dinero en el bolsillo... Pero me pareció que tenía miedo de algo o de alguien. Cuando me hablaba, observé en él un tono que nunca había apreciado antes.

—Sí, seguramente Harry ya sabía que iban a por él —murmuró Benn pensativamente—. Bien —suspiró—, le daré un par de números de teléfono. Si sabe o recuerda algo, no deje de llamarme. Pregunte también por Myra Muir, es la hija del robado y, en tal caso, dele a ella los detalles que recuerde. Le aseguro que, en tal caso, recibiría una importante gratificación.

—Me gustaría poder ayudarle, pero, lamentablemente, no sé nada —insistió Dina.

—Lo siento. Gracias, de todos modos, por haberme atendido.

Benn se encaminó hacia la puerta y la abrió, para cerrarla

instantáneamente, al ver a dos hombres parados ante el umbral, uno de los cuales tenía la mano levantada, como si se dispusiera a llamar. Apoyó el hombro en la puerta y se volvió hacia la mujer.

—Dina, los que mataron a Harry están ahí fuera —murmuró.

Los ojos de la mujer chispearon de ira.

—¿Está seguro?

—Absolutamente. He tenido que escapar de ellos en más de una ocasión y...

Resuelta, Dina avanzó hacia la puerta remangándose los brazos. Apartó al joven a un lado y exclamó:

—Déjeme, señor Benn. Ahora van a saber esos tipos quién es Dina Markham...

Abrió la puerta y se encontró de frente con un gigantesco individuo de color. Dina disparó el puño y alcanzó la mandíbula del sujeto, que retrocedió un par de pasos, enormemente asombrado por el recibimiento de que era objeto.

Benn lanzó una exclamación de asombro.

—¡Barry! ¿Qué demonios hace aquí?

Golder se frotó el mentón.

—Protegerle, claro —contestó.

El joven se asomó al pasillo y vio dos cuerpos, uno encima del otro, completamente inmóviles.

—Tuve que sacudirles un poco —rió Golder, haciendo brillar su magnífica dentadura—. Luego iba a llamar, para decirle que todo iba bien, pero esta señora...

—¿Es amigo suyo? —preguntó Dina, no menos asombrada que el joven.

—Sí, claro —respondió Benn—. Son los otros dos los que, creo, tuvieron mucho que ver con la muerte del pobre Harry.

—Bien, pequeñín —exclamó la mujer—. Tráemelos aquí; yo me encargaré del resto cuando despierten.

—Sí, señora —dijo Golder alegremente.

Uno tras otro, los dos esbirros fueron arrojados al interior del apartamento. Dina les registró, quitándoles dos pistolas. Luego vació sus bolsillos, embolsándose sin escrúpulos unos cuantos cientos de dólares. Al terminar, sonrió:

—Pueden marcharse. Yo me quedo con ellos, para conversar un ratito. Si me dicen algo, descuide, señor Benn, ya le llamaré.

—Muy bien, Dina, muchas gracias. ¿Vamos, Barry?

Los dos hombres descendieron a la calle. A poca distancia, parado junto a la acera, se veía un coche negro.

—Espere un momento —pidió Golder.

Con aire pacífico, se acercó al coche, por el lado de la calzada. De pronto, alargó la mano, metió el brazo por la ventanilla y se apoderó de las llaves de contacto.

En su asiento, Red Tom Olsen se incorporó vivamente. Golder le sacó la lengua en son de burla. El gordito se apeó y trató de correr detrás del gigante, a la vez que vociferaba espantosas imprecaciones.

Benn aguardaba a un lado con aspecto indiferente. Olsen pasó por su lado, sin fijarse en él, y el joven alargó bruscamente su pie derecho.

Olsen cayó de bruces, chillando a pleno pulmón. La gente le contemplaba divertidamente.

Un camión de la basura se paró en aquel momento. Los empleados empezaron a arrojar cubos a la parte posterior. Golder levantó en vilo al gordito y lo lanzó al montón de inmundicia.

—¡Eh, chicos, no os dejéis este paquete de porquería! —exclamó.

Benn rió con ganas. Golder se le acercó y le empujó persuasivamente.

—Vámonos ya —dijo.

—Barry, ha sido usted mi ángel salvador —exclamó el joven—. Pero ¿cómo apareció tan oportunamente? ¿Puede explicármelo?

—Oh, sí, claro. Esta mañana me llamó la señorita Myra y me pidió que procurase protegerle. Entonces, le seguí desde que salió de casa y...

—Basta, no es necesario que continúe. Gracias, Barry. Y, puesto que va a continuar protegiéndome, ¿quiere acompañarme a un sitio donde he de ir y al que debiera haber ido hace ya muchos días?

—No tiene más que mandarme —contestó Golder llanamente.

* * *

Poco después, llegaron a la estación del ferrocarril. Benn pidió a Golder que se quedara en el coche. Luego se adentró en el enorme

vestíbulo y buscó la consigna.

Con la llave en la mano, encontró muy pronto el número deseado. Abrió el armario y, para su asombro, encontró solamente un papel de tamaño octavilla.

En el papel había solamente escrita una frase que parecía un disparate:

«H. G.,
4 A,
Norte»

—¿Nada más? —se dijo, con la boca estúpidamente abierta.

Al cabo de unos momentos, cerró el armario y dejó la llave en su sitio. Con el papel en el bolsillo, se encaminó de nuevo hacia la salida.

Golder le dio malas noticias.

—Tenemos dos pájaros a la zaga —informó.

—¿Los chicos de Red Tom?

—No. Éstos son mucho peores. Hyams y Cortland, los guardaespaldas de Phoenix. —De pronto, Golder se echó a reír—. Me pregunto qué harán ahora sin la fulana. Ella era una ansiosa y, según decían, no tenía bastante con un solo hombre... Pero eso no nos importa mucho ahora, ¿verdad?

—No, en absoluto. Barry, ¿se le ocurre alguna idea para librarnos de ese par de cuervos?

—Sí, aguarde un momento, por favor.

Golder tardó casi un cuarto de hora en regresar. Benn apreció que el coche de los matones se mantenía en el mismo sitio. Sin duda, aguardaban a que reanudasen la marcha, para seguirles, dondequiera que fuesen.

Cuando regresó Golder, Benn apreció que el gigante llevaba en la mano una bolsa de lona, pesadamente cargada, pero no se atrevió a preguntarle qué llevaba en ella. Golder hizo un leve ademán.

—Ya puede arrancar, señor Benn. Diríjase hacia el Sur, por favor, y no le importe salir de la ciudad; es más, conviene que lo hagamos.

El joven asintió. Momentos después, pudo comprobar que el coche de los pistoleros le seguía puntualmente.

—Siga, siga —dijo Golder—. No se preocupe por esos tipos; yo

me encargaré de ellos cuando llegue el momento.

Un cuarto de hora más tarde, entraban en la autopista, pero Golder le indicó que tomara la primera salida, para circular por una carretera secundaria. Hyams, que conducía el coche, siguió puntualmente la maniobra.

Entonces, Golder pasó al asiento de atrás y empezó a bajar el cristal de la ventanilla posterior izquierda.

Benn echó una mirada por el retrovisor.

—¡Están acelerando! —gritó de pronto, lleno de pánico.

—Tranquilo, muchacho —dijo Golder alegremente—. Les guardo una sorpresa, algo mucho mejor que sus pistolas.

El coche de los matones ganaba terreno rápidamente. De pronto, Golder sacó medio cuerpo fuera del automóvil. En la mano izquierda, sostenía la bolsa de lona abierta. Con la derecha, sujetaba una botella que lanzó de pronto hacia atrás.

La botella cayó al suelo, explotó en mil pedazos y el coche perseguido continuó su ruta indemne gracias a una hábil maniobra de su conductor. Golder apreció que uno de los pistoleros se asomaba fuera, con el arma en la mano.

Tomó impulso y lanzó la segunda botella con todas sus fuerzas. El proyectil alcanzó la mano del pistolero, que se metió adentro en el acto, después de un agudo chillido de dolor.

Golder lanzó la tercera botella, llena de vino, como las anteriores. Esta vez, consiguió un impacto certero.

La botella explotó fragorosamente y el parabrisas, aunque resistió, se fragmentó en millares de trozos, que quitaron momentáneamente visibilidad al conductor. El coche osciló violentamente. Hyams trató de dominarlo, pero había perdido ya el control y se salió de la carretera, para acabar volcando a un lado después de unos cuantos tumbos.

Golder lanzó una estruendosa carcajada y se acomodó en el asiento posterior.

—Esto hay que celebrarlo, señor Benn —exclamó.

—Barry, estoy admirado —dijo el joven—. ¿De dónde diablos ha sacado las botellas?

—Hay un bar y también una tienda donde venden bolsas y maletas —contestó el gigante, quien ya había destapado una de las botellas que aún le quedaban—. Si se aparta a un lado de la

carretera, tomaremos un trago para celebrarlo.

—Falta me hace —admitió Benn.

Instantes después, detenía el coche. Tomó la botella que le ofrecía Golder y bebió ansiosamente.

—Estaban dispuestos a todo, ¿eh?

—Hay dos millones en danza —contestó Golder.

Benn asintió.

—El Araña los escondió en alguna parte, pero no sé dónde diablos...

—¿No estaban en la consigna de la estación? —se asombró el gigante.

—Barry, ¿qué le hace suponer...?

—¿A qué otra cosa, si no, podía haber ido a la estación del ferrocarril?

—Sí, tiene usted razón. Brooks me entregó la llave de un armario de la consigna, en sus últimos instantes. Luego dijo una palabra: «Heaven», pero no conseguí entender el resto. ¿Se le ocurre a usted alguna idea?

Golder se concentró unos momentos.

—Hay un barrio residencial, nuevo, que se terminará de construir este mismo año, y los constructores le dieron el nombre de «Heaven's

Gate». Muy poético, pero no me parece lugar apropiado para que Brooks escondiera allí algo de valor. Hay muchas casas todavía en construcción, el centro comercial está en obras... Claro que, si se mira bien, es un lugar ideal para esconder una maleta o algo por el estilo.

—Pero correría el riesgo de dejar el botín en un sitio sin terminar todavía y que luego se lo sepultasen debajo de unas toneladas de cemento —alegó el joven.

—Eso es muy cierto —concordó Golder—. Bien, si no es Heaven's

Gate, no se me ocurre ninguna otra idea. ¿Qué encontró en la consigna?

Benn le pasó la octavilla. Golder leyó atentamente el enigmático mensaje.

—H. G., en efecto, parece corresponder a Heaven's

Gate —dijo—. Pero, a pesar de todo, me sigue extrañando que escondiera allí el botín.

—Entonces, no hemos adelantado nada —dijo Benn desalentadamente.

Golder le devolvió el papel.

—Trataré de averiguar algo —contestó—. ¿Otro traguito?

Benn hizo un gesto negativo.

—Tengo que conducir —alegó—. Bien, hasta ahora no hemos conseguido gran cosa, pero tampoco es cuestión de abandonar, Barry.

—¿Cuál es el siguiente paso? —inquirió Golder.

—Tengo que hablar con una persona, si es que Myra ha conseguido ponerse en contacto con ella —respondió el joven, con el pensamiento puesto en la señora MacCombs.

CAPÍTULO X

Cuando llegaba a su casa, Benn vio otro coche que se detenía al mismo tiempo. Myra se apeó y corrió hacia él.

—¡Patrick! Te llamé por teléfono, pero no me contestabas... ¿Dónde has estado?

—Acumulando sustos para cultivar mis canas —respondió él—. ¿Sucedo algo?

—He hablado con Lilian MacCombs. Dice que te recibirá en cuanto vayas.

—Muy bien. Si no te importa subiré a casa a cambiarme de ropa, después de una buena ducha. No he hecho ejercicio físico, pero he sudado más que si hubiese corrido la «maratón».

—¿Ha pasado algo grave? —preguntó ella ansiosamente.

—Ha estado a punto de suceder aunque, por fortuna, tú tomaste las precauciones por mí. Barry me ha salvado de un buen apuro y te estoy sumamente agradecido.

—La mariposa no podía permitir que atropellarán al insecto —sonrió ella.

Colgándose de su brazo, entró en el portal. Momentos después, sin perder un segundo más, Benn se metía bajo la ducha.

Ella se asomó al baño, sin pasar de la puerta. —Patrick, estoy muerta de curiosidad —gritó—. ¿No puedes adelantarme algo?

—Tendrás que aguardar a que salga de la ducha —contestó él, bajo el chorro de agua fría—. Oye, ¿por qué no vas a la cocina y preparas un poco de café?

—¿No quieres comer algo?

—No, no tengo apetito.

Benn salió minutos después, envuelto en una bata de felpa. Myra le entregó una taza humeante.

—Brooks era un tipo astuto —dijo—. Escribió un mensaje y lo guardó en una consigna del ferrocarril. Hoy he ido a recogerlo, pero no entiendo nada de lo que dice.

—¿Tenías la llave? —se asombró Myra.

—Sí, pero no quería ir, porque presentía que podían seguirme, y así ha sucedido. De no haber sido por Golder, no sé qué habría sido de mí.

Benn apuró el café, buscó la octavilla y la puso en manos de la muchacha.

—A ver si adivinas algo —dijo—. Yo voy a vestirme.

Fue al dormitorio y salió minutos más tarde. Myra le devolvió el papel.

—No entiendo absolutamente nada —dijo.

—Cuando agonizaba, el Araña pronunció una palabra: «Heaven», aunque no pude oír el resto, si es que dijo algo más. No obstante, parece ser que esas dos iniciales corresponden a Heaven's

Gate, un barrio residencial de nueva construcción, y no terminado todavía. Sin embargo, a Golder y a mí nos parece imposible que Brooks escondiera allí el botín.

—Tendríamos que mirarlo, ¿no te parece?

—No sé cómo... Debe de haber un gran desorden todavía, las obras, ¿comprendes? Pero, en todo caso, iríamos mañana.

—Tendremos que darnos prisa, Patrick —dijo Myra.

—No podemos correr, sin saber cuál es el final de la ruta —objetó él.

—Aunque sea así. MacCombs ha insinuado que piensa ir a recoger la caja con los valores y las joyas. Papá no le ha dicho aún lo que sucede, pero tendrá que contárselo...

—Vaya compromiso —masculló el joven—. Bien, de todos modos, haremos lo que podamos. Ah, pudiera ocurrir que te llame una tal Dina Markham. Era la amiga del Araña. Si te dice algo, anótalo con todo cuidado, sin dejar una sola letra.

—Lo haré, no te preocupes.

—Está bien, vamos ya.

Bajaron en el ascensor. Cuando se disponía a subir al coche, Myra le dijo:

—Si quieres que te acompañe...

—No, gracias; es mejor que vaya yo solo.

Ella entornó los ojos.

—Patrick, me estoy preguntando una cosa desde hace días...

—¿Sí? ¿Es algo importante?

—A veces, me desvela. ¿Qué harás cuando todo esto termine, sea cual sea su resultado?

—Oh, había decidido tomarme unas vacaciones. Luego buscaré un empleo. No me faltará trabajo, créeme. Puede que no sea el que más me guste, pero no me moriré de hambre, descuida.

—Si quieres que le hable a papá, para que te admitan de nuevo...

—¡Ni hablar! —contestó él vivamente—. No soy rencoroso, pero no me gustaría tener que enfrentarme de nuevo con Masterson. No te preocupes por mí —añadió sonriendo—. Parezco un náufrago, en una balsa sin agua ni comida, pero me salvaré.

—Lo deseo de todo corazón —dijo Myra con gran calor.

* * *

Lilian MacCombs se puso en pie, atravesó el lujoso salón de la casa, destapó una botella y se sirvió una copa. Después se volvió hacia el visitante.

—La verdad, señor Benn, no se puede negar que no sea usted directo al hablar con las personas —manifestó.

—Era preferible no andarse con rodeos —respondió el joven—. Bien, ¿qué me dice usted, señora? ¿Es cierto que quiere divorciarse de su marido?

Lilian entornó los ojos.

—La vida con él, en los últimos tiempos, no ha sido demasiado agradable. En realidad, no le pedí el divorcio, aunque sí le concedí un plazo para rectificar. Si no se corregía, pediría el divorcio, desde luego.

Benn estudió a la mujer durante unos momentos. Era muy guapa, aunque ya rondaba los cuarenta años. Realmente, tenía numerosos atractivos y le parecía extraño que un hombre quisiera abandonar a aquella hermosa mujer.

—Perdone la pregunta, señora —dijo—. No se ofenda, pero... ¿tiene usted algún... «lío» extramatrimonial?

—No, jamás. Siempre le fui fiel a mi marido —contestó Lilian tajantemente—. Si él tuvo algunas aventuras... bueno, yo no me he enterado.

—Entonces, su comportamiento irregular no se debía a problemas sentimentales.

—No. Para mí era por cuestiones de sus negocios. Él no me dijo nunca nada, pero tengo la sensación de que no le marchaban demasiado bien.

«No le iban bien los negocios y tenía dos millones de dólares», pensó Benn.

—En los últimos tiempos —continuó Lilian—, bueno, ya hace algo más de un año, entró en negocios de la construcción y adquirió gran parte de las acciones de una empresa que estaba construyendo un barrio residencial nuevo, en el lado Norte de la ciudad. Ese barrio se llama

Heaven's

Gate, pero parece que las cosas no han ido todo lo bien que esperaban y la gente se muestra reacia a comprar. La empresa andaba mal de fondos últimamente y eso es lo que preocupaba a mi marido. Yo le dije que abandonase el negocio, aunque fuese con pérdidas; en este mundo, a fin de cuentas, nadie es infalible. Pero era mejor perder el dinero que la salud.

Benn escuchó con silencioso asombro la inesperada revelación que acababa de hacerle la mujer.

—De modo que

Heaven's

Gate —repitió.

—Sí, en efecto. ¿Conoce el lugar, señor Benn?

—He oído hablar de ese barrio, señora.

Benn se puso en pie.

—Muchas gracias por todo —sonrió—. Lamento las dificultades de su matrimonio, aunque confío en que pronto se solucione todo favorablemente.

—Lo dudo mucho —respondió Lilian—. Pero ya estoy resignada a que se deshaga algo que prometía mucho en un principio. Temo que me dejé deslumbrar por una pompa de jabón —añadió, sonriendo tristemente.

—Lo siento de veras, señora.

Benn se encaminó hacia la puerta. Abandonó la casa, cruzó el agradable jardín que había en la parte interior y llegó a la acera.

Entonces sintió que se le paraba el corazón. Había un coche estacionado frente a la casa. Hyams y Cortland lo ocupaban y el segundo le apuntaba con una pistola.

—Entre —ordenó secamente.

El joven vaciló. Ahora no tenía a Golder para que lo defendiese.

—O entra o lo dejo seco —amenazó Cortland.

Benn no tuvo tiempo de tomar una decisión. En el mismo instante, un coche se detuvo bruscamente junto al de los pistoleros. Una mano asomó, armada con una pistola, y empezó a disparar.

Hyams saltó convulsivamente en su asiento al recibir un balazo encima de la oreja izquierda Cortland, alarmado, se volvió, justo a tiempo para sentir en el cuello el ardiente contacto de un proyectil.

El siguiente disparo hizo saltar por los aires trozos de hueso y masa encefálica. Benn, aterrado se había tirado al suelo.

Pero ya no hubo más disparos. El otro coche arrancó, como impulsado por cohetes, y se perdió de vista en contados segundos.

Benn se atrevió a levantar la cabeza. Había creído ver a Red Tom Olson en el asiento posterior del coche que escapaba, pero sabía que no habían disparado contra los matones de Phoenix por altruismo. Lo único que querían era eliminar competidores en el camino que llevaba a dos millones de dólares que estaban en alguna parte.

—Crean que yo lo sé, y por eso me han ayudado. Pero cuando lo estimen necesario, me quitarán de en medio...

Era ya de noche bien entrada cuando llegó a su casa. Inmediatamente, tomó el teléfono. Una sirvienta atendió la llamada y él pidió que se pusiera la señorita Muir.

Myra contestó, a los pocos instantes.

—¡Patrick! ¿Suced algo?

—Quiero hablar con tu padre —dijo el joven.

—Bueno, iré a llamarlo...

—No, en estos momentos me siento un poco cansado. Además, debo hablar con él en su despacho. Será mejor que nos veamos cara a cara, en lugar de comunicarnos por teléfono.

—Como quieras, Patrick. Aguarda un momento, por favor.

Myra se alejó y volvió pasados unos instantes.

—Mañana a las diez. ¿Te parece bien?

Benn lanzó un profundo suspiro.

—Myra, ¿qué se hace cuando uno tiene los nervios de punta y desea dormir, porque lo necesita? —preguntó.

—Bueno, hay varios métodos... el baño caliente, un vaso de agua tibia... Otros recurren a los sedantes o al alcohol... ¿Qué te ocurre? ¿Te preocupa algo?

—¿Ya has perdido tus facultades de vidente? —contestó él con cierta amargura.

Colgó el teléfono y buscó una botella. Al cabo de unos momentos, sin embargo, decidió que lo mejor era recurrir al baño relajante y a la leche tibia.

* * *

Myra llegó al día siguiente al edificio donde estaban las oficinas de su padre, minutos antes de las diez. Cuando pasaba por el antedespacho, vio a un hombre de mediana edad, elegantemente vestido, que hablaba con una de las secretarias.

—Perdone, señorita —decía el sujeto—. Estoy buscando al doctor Benn. Me han informado que trabaja aquí y deseo hablar con él inmediatamente, si es posible.

—¿Doctor Benn? —contestó la chica, intrigada—. Perdone, pero no conozco a nadie que se llame así. No obstante, llamaré a Personal para...

A Myra le extrañó mucho oír aquella conversación y, sin poder remediarlo, se acercó al desconocido.

—Dispense —dijo—. Sin querer he oído el nombre de Benn, aunque no sé si se trata del mismo que yo conozco. ¿Puede darme más datos de ese hombre, por favor?

El desconocido se volvió y se descubrió cortésmente.

—Me refería a Patrick Benn, señorita. Doctor en Economía por la Universidad de Stanford, en donde, precisamente, me lo han recomendado para que ocupe un puesto importante en mi empresa... Oh, disculpe, no me he presentado todavía... Fitterman, de Fitterman Empresas... Los informes que me han dado acerca del doctor Benn son inmejorables, créame, pero también me dijeron que estaba aquí, trabajando como vulgar chupatintas, y perdone la

expresión, señorita...

Myra se quedó estupefacta al escuchar aquellas palabras. Sin embargo, supo reaccionar muy pronto y sonrió amablemente.

—Tengo la impresión de que le han engañado, señor Fitterman —dijo—. El doctor Benn trabaja aquí y, ciertamente, no como un vulgar escribientillo, sino en un alto puesto, del que no queremos se marche. Soy Myra Muir.

—La hija del patrón —añadió la secretaria.

—¿Hija de Warren Ackles? —exclamó Fitterman.

—Así es, señor.

Fitterman hizo un gesto de pesar.

—Lo siento. Tendré que pedir a la Universidad que me recomienden a otro... En fin, ha sido un placer, señorita Muir...

El hombre se marchó. Myra fijó la vista en la secretaria.

—Dolly, el doctor Benn va a llegar de un momento a otro. No le mencione una sola sílaba de lo que acaba de escuchar, por favor.

—Descuide, señorita Myra —contestó la secretaria.

* * *

Warren Ackles alargó la mano al recién llegado y le indicó un sillón.

—Siéntese, muchacho —invitó—. Nos hemos visto muy poco, aunque preveo que, a partir de este momento, nuestras relaciones van a ser más estrechas. A Myra, por supuesto, ya la conoce.

—Un poco —sonrió Benn—. Gracias por haber accedido a recibirme, señor Ackles. De momento, sin embargo, debo decirle que las noticias que tengo no son demasiado alentadoras.

Ackles juntó las dos manos e hizo crujir los nudillos.

—MacCombs me ha dicho que vendrá mañana a recoger la caja que me entregó hace algunas semanas —manifestó—. ¿Qué le diré, cuando vea que no la tengo?

—¿Puede exigirle que le compense usted la pérdida de esa suma?

—Espero convencerle para que me conceda un cierto plazo, para pagarle lo que perdió por mi causa. Pero si no es así... Él también tiene dificultades económicas, ¿comprende?

—Pero no, precisamente, a causa de un divorcio que, por ahora,

no es inminente.

—Lo sé. Sin embargo, sé que necesita el dinero...

Benn alzó una mano.

—Bien, veamos antes una cosa —dijo—. Volvamos al día en que le entregó la caja con las joyas y los valores. ¿Quiere contarme, exactamente, lo que sucedió?

Ackles se concentró unos instantes. Luego dijo:

—MacCombs vino con dos maletines en las manos. Manifestó que tenía que salir de viaje inmediatamente, aunque no mencionó adonde pensaba ir, ni tampoco se lo pregunté yo. Abrió uno de los maletines y extrajo la caja que contenía las joyas y los valores. Yo examiné todo y, aunque no entiendo demasiado de joyas, calculé que bien había allí casi un millón. Los valores bancarios tenían un valor ligeramente superior al millón de dólares, de eso sí estoy seguro.

—Bien, ¿qué pasó después? —preguntó Benn.

—Nada, cerramos la caja...

—¿Qué caja?

—La que contenía los valores y las joyas. Era de metal, alargada, un tanto plana, pero se cerraba con una simple llave, que MacCombs me entregó incluso, como prenda de su confianza. Después, esa caja fue a parar a mi cofre fuerte personal, el que desvalijaron apenas una semana más tarde.

—MacCombs se marchó, supongo, después de verle a usted cerrar la caja fuerte.

—Bueno, redactamos un documento, privado, claro, lo firmé y yo me quedé con el duplicado. Éste apareció en la caja después del robo, pero lo demás...

Benn se concentró unos momentos.

—Señor Ackles —dijo al cabo—, tengo la impresión, y no se molestó por ello, que no me ha contado con exactitud todo lo que sucedió en este despacho. Tuvo que pasar algo más... Por favor, trate de recordar, cualquier incidente, por nimio que sea...

Myra escuchaba con expectante atención, ligeramente adelantado el busto. Ackles, tras unos segundos de pausa, contestó:

—Ocurrió algo raro, sí, ahora que recuerdo. Cuando MacCombs había cerrado ya la caja con los dos millones de dólares, incluso yo tenía la llave en mi poder alguien armó un buen escándalo afuera.

La secretaria me llamó, asustada, porque el tipo pretendía pegarle, y yo salí corriendo para ver de arreglar aquel asunto. El sujeto, quienquiera que fuese, se marchó a toda prisa. Yo estuve todavía unos momentos en el antedespacho, procurando tranquilizar a la secretaria, que se había puesto muy nerviosa. Luego volví a entrar y entonces fue cuando guardamos la caja en el cofre fuerte.

—Es decir, MacCombs se quedó solo durante unos minutos.

—No llegaron a cinco...

—Tiempo más que suficiente para hacer lo que se dice en lenguaje vulgar, «dar el cambiao» —dijo Benn sin pestañear.

Myra oyó aquellas palabras y perdió la respiración. Ackles se puso rígido en su asiento.

—No me lo puedo creer —dijo con voz apenas audible.

CAPÍTULO XI

—Tuvo que ser así —insistió Benn—. Usted, señor Ackles, ha dicho que MacCombs vino con dos maletines, puesto que salía de viaje inmediatamente, ¿no es así?

—En efecto, eso fue lo que me dijo.

—El escándalo en el antedespacho fue provocado por un cómplice, al que había preparado con anterioridad. Usted salió y, durante ese breve espacio de tiempo, MacCombs cambió la caja que contenía los dos millones, por otra idéntica, que sólo guardaba algunos objetos sin valor, pero con el peso suficiente para que no se notase el engaño.

Myra se puso en pie vivamente.

—¡Un momento, Patrick! —exclamó—. Si lo que dices es cierto, el ladrón se llevó solamente una caja que no contenía nada valioso.

—¿Y qué? De la forma que sea, el Araña supo que aquí se iban a guardar dos millones de dólares. Él no tenía por qué saber que MacCombs había entregado una caja que no contenía nada de valor. Vino, robó esa caja... Luego, si se enteró de que había perdido el tiempo, no tuvo tiempo de decírselo a nadie. O quizá, sin abrirla, la escondió, aguardando mejores tiempos, porque sabía que Red Tom Olsen y sus sicarios andaban detrás de sus pasos. Tal vez murió sin saber que había hecho un trabajo inútil —contestó Benn.

—En todo caso, yo firmé un recibo por el contenido de la caja —alegó Ackles—. Si MacCombs exige el pago...

—¿Cuándo puede suceder eso? —preguntó Benn.

—Dijo que vendría mañana a verme. No sé qué excusa le daré; no denuncié el robo y me siento terriblemente infeliz, al pensar que he defraudado a un amigo.

—Usted sí es amigo de MacCombs, pero ¿puede decirse lo

mismo de él?

Benn se volvió hacia la muchacha.

—Sea como sea, tenemos veinticuatro horas de tiempo —añadió—. Estoy seguro de que, en ese espacio, habré acabado por resolver el enigma.

—¿Lo crees así, Patrick? —preguntó la muchacha.

—No tengo la bola de cristal de *madame* Olympia, pero presiento que mañana habré encontrado la caja que robó el Araña.

El joven se puso en pie.

—Señor Ackles, no quiero seguir entreteniéndole más. Pronto tendrá noticias mías.

Myra corrió detrás de Benn, cuando ya se dirigía hacia la puerta.

—Aguarda, hombre, no tengas tanta prisa... Espera un poco, «doctor» Benn.

—¿Quién te lo ha dicho? —preguntó él, vivamente sorprendido.

—¿Por qué te lo callaste cuando viniste aquí a pedir un empleo?

—La verdad es que, cuando salí de la Universidad, no encontraba trabajo apropiado a mi título —suspiró Benn. Se frotó el estómago con una mano—. Y éste me pide que lo llene con regularidad, así que acepté lo primero que me salió, sin pensármelo demasiado.

—Podías haber dicho luego algo; habrías progresado...

—¿Con Masterson? Lo raro es que no me rebajase a chico de recados.

—A Masterson le ajustaremos las cuentas uno de estos días. Y no lo digo por lo que te hizo, sino porque está empezando a considerar la empresa como su harén particular. Esto crea tensiones, enrarece el ambiente...

—De todas formas, no quiero que se le haga nada por mi causa. Y respecto de volver a trabajar con tu padre, ya hablaremos.

Ella se echó a reír, a la vez que hacía un gesto peculiar con el brazo.

—Te echaré el lazo y no podrás escaparte —dijo.

—No estés tan segura. Soy muy independiente.

Myra se le acercó y le besó en los labios.

—Alguna vez tienes que dejar de serlo, querido —contestó—. ¿Me tendrás al corriente de lo que consigas averiguar? —pidió.

—Claro, mariposa de bellos colores. Una frase horrible, ¿verdad?

—sonrió Benn.

Dio una palmadita a la joven en la mejilla y buscó la salida. En alguna parte estaba la solución; lo preveía, pero no era capaz, por el momento, de dar con ella.

—Es como tenerla delante de las narices y no saber verla... Pero quizá había alguien que podía ayudarle, se dijo. Y no perdió tiempo en ir a buscarle.

* * *

—
Heaven's

Gate no es el escondite —dijo Benn una hora más tarde—. En apariencia, así deberla ser, y yo estoy seguro por completo de que Brooks pronunció la primera de las dos palabras. Pero ¿no habrá algún otro sitio que se llame de la misma o parecida forma?

Barry Golder pareció sumirse en profundas meditaciones. Benn había ido a buscarlo al Blue Mansión y ahora estaban los dos, en un rincón del mostrador, encaramados sobre sendos taburetes. El gigante estuvo así unos momentos y luego, de repente, emitió una amplia sonrisa.

—Creo que ya lo tengo —dijo—. Claro, no puede ser otro sitio. La verdad es que tampoco había pensado en ese local... ¿Ha oído hablar del

Heaven & Gold?

—No, nunca. ¿Qué clase de local es?

—Debería haberlo sabido antes. Pertenece, pertenecía, mejor dicho, a Phoenix Armand. Por cierto, ¿tiene ahí el papel que encontró en la consigna?

—Sí, desde luego.

—Entonces, no perdamos más tiempo. ¡Vamos allá!

Benn dejó un billete sobre el mostrador. Luego, mientras conducía, pensó en el enigma que Brooks se había inventado para esconder el botín.

—Muy astuto —calificó—. Pero también, sabiendo la relación que el dueño de los dos millones tenía con

Heaven's

Gate.

«La puerta del cielo», tradujo mentalmente, mientras que el otro local era «Cielo y Oro».

Minutos después, se detenían ante un edificio de aspecto presuntuoso, todo él pintado de purpurina dorada. Golder entró resueltamente el primero y se encaminó directamente al mostrador que había cerca de la puerta.

—Dame la llave del

4 A

—pidió a la hermosa recepcionista que estaba tras el mostrador.

La joven miró a Benn y puso unos ojos como platos.

—¿Con él? —preguntó.

—Sí, conmigo —dijo el joven—. ¿Qué diablos tiene de particular, muñeca?

—Oh, nada, nada —contestó ella—. Sólo que es la primera vez que vienen dos hombres... Siempre vienen un hombre y una mujer...

Benn, atónito, se volvió hacia Golder.

—Barry, ¿qué diablos es esto? —preguntó.

—Un hotel al que acuden las parejas para refocilarse cuando se sienten atacadas por el irresistible instinto de la multiplicación de la especie —contestó el gigante con una estentórea carcajada—. Venga la llave de ese reservado, guapa —pidió—. ¿Ya sabes que se cargaron a la dueña? —añadió.

La joven se encogió de hombros.

—El negocio continúa —respondió—. Así lo dijo el nuevo jefe, MacCombs.

Golder volvió los ojos hacia el joven. Benn asintió. Había muchas cosas que empezaban a aclararse.

La recepcionista les entregó una llave.

—Son cincuenta dólares. Hay un frigorífico con algunas bebidas. Si quieren algo más, pídanlo por el interfono.

—Muy bien, muñeca, lo tendremos en cuenta.

Benn pagó el importe del reservado y añadió diez dólares de propina.

Ella le guiñó el ojo.

—Si quiere que le cure... el defecto...

Benn contestó con un gesto análogo.

—Ya hablaremos —dijo evasivamente.

Atravesaron un pequeño vestíbulo y, por una estrecha y poco iluminada escalera, subieron al primer piso. Golder buscó la puerta señalada con la marca 4 A, metió la llave en la cerradura y abrió.

Al otro lado había una amplia estancia, con una cama, dos sillones, un diván y un cuarto de baño al fondo. Un poco más cerca, se veía el frigorífico. Golder encendió todas las luces.

—El botín tiene que estar aquí —dijo—. Pero ¿dónde?

Benn paseó la vista por el interior del reservado.

—El mensaje decía lado Norte... —De pronto lanzó una exclamación—. ¡Allí, Barry!

Golder saltó hacia una de las dos rejillas de aireación, situada a un par de metros del suelo. Metió los dedos en el enrejado, dio un tirón hacia afuera y arrancó el cuadrado de alambre. Luego alargó las manos y, momentos después, enseñaba una caja metálica, pavonada de oscuro, y de forma alargada, que media unos cuarenta centímetros de largo, por veinte de ancho y unos quince de grueso.

—El bueno de Brooks —dijo Golder, satisfecho—. ¿Quién iba a pensar que el botín de nada menos que dos millones estaría aquí?

Benn tomó la caja en sus manos y la sopesó especulativamente.

—Barry, no me gusta el papel de aguafiestas, pero mucho me temo que esta caja no contenga lo que suponemos, sino un montón de papeles sin valor —dijo gravemente.

—¿Usted cree...?

—Si pudiéramos abrirla... Pero no tenemos la llave...

—Eso está hecho, hombre —exclamó Golder jovialmente.

Sacó una carterita con una serie de ganzúas, probó unas cuantas y al fin, se oyó un ligero chasquido. Benn pudo levantar la tapa y contempló sonriendo los fajos de papeles en blanco que llenaban la caja por completo.

—¿Qué le dije, Barry?

El gigante no salía de su asombro.

—Increíble —murmuró—. Pero ¿cómo...?

—Mañana lo sabremos —aseguró el joven—. Mañana tendremos la explicación de este misterio, aunque me parece que ya ha dejado de serlo.

—Creo que no llegarán a mañana —sonó de pronto una voz estridente.

Benn y Golder se volvieron rápidamente. Sonriendo satisfecho,

flanqueado por sus dos esbirros, que empuñaban sendas pistolas, Red Tom Olsen estaba a cuatro pasos de ellos, dispuesto, según parecía, a cumplir la amenaza que acababa de proferir.

CAPÍTULO XII

LA CAZA DEL HOMBRE

Olsen hizo un gesto con la mano izquierda.

—La caja —pidió.

Benn le dirigió una profunda mirada.

—Después, nos liquidará —dijo.

—No me gusta dejar testigos molestos detrás de mí —contestó el sujeto, sonriendo malignamente.

—Sí, y si no que se lo pregunten a Hyams y a Cortland, ¿verdad?

—Hay veces en que la competencia se pone muy molesta —respondió Olsen cínicamente.

—Puede decir lo mismo de Sawndee, claro.

—También nos deshicimos de Hyams y Cortland. Ellos, por encargo de Phoenix, los tres, se ocuparon del asunto de *Madame Olympia*. Pero sólo Sawndee disparó...

—Y a Phoenix, ¿quién la borró del mundo de los vivos?

—¿No se siente capaz de imaginárselo?

—Jefe, estamos perdiendo demasiado tiempo —gruñó Butchie.

—Sí, tienes razón. Vamos, Benn, deme la caja de una maldita vez...

El joven avanzó un par de pasos y puso la caja en manos de Olsen.

—Perdone un momento, Red Tom —se volvió hacia Golder—. Barry, tengo entendido que la «mamba» africana es algo terrible —dijo.

Golder parpadeó, extrañado, pero decidió que debía seguir la corriente al joven.

—Oh, sí, desde luego. La persona mordida por una de esas serpientes muere en menos de dos minutos —contestó.

—¿De qué diablos están hablando? —preguntó Olsen, intrigado.

—El dueño de esa caja era un tipo muy precavido y puso una serpiente venenosa en su interior. Viven mucho tiempo sin comer y, cuanto más, tiempo pasan en ayunas, más se concentra su veneno. Tenga cuidado, Red Tom; la tapa está abierta...

Olsen lanzó un chillido de pavor y soltó la caja, que cayó al suelo estruendosamente. Benn aprovechó la ocasión, para lanzarle una patada al vientre abultado, proyectándolo contra Garr.

La pistola de Garr se disparó inesperadamente. Olsen lanzó un chillido de angustia. En aquel instante, se oyó un estruendoso chasquido.

Benn se volvió. Butchie daba vueltas sobre sí mismo, a consecuencia de la bofetada que le había asestado Golder. Olsen empezó a caer al suelo, mientras Garr, desconcertado, no sabía qué hacer.

El joven no se detuvo. Movié el pie y desarmó a Garr de un puntapié. Entonces, Golder agarró a Butchie por el cuello y lo empujó hacia adelante con todas sus fuerzas.

El rostro del hampón se estrelló contra la pared. Lanzó un rugido y se desplomó al suelo. Garr, aterrado, intentó huir, pero el gigante lo alcanzó en un instante y, agarrándolo también por el cuello, lo lanzó igualmente contra la pared.

Los dos hampones quedaron sin sentido. Olsen, en el suelo, se quejaba débilmente.

—Un médico... Me muero...

Golder se arrodilló y le puso boca abajo.

—Lástima... Todavía vivirás muchos años, pero ya no volverás a molestarnos más. Cuando despierten tus chicos, diles que te compren una silla de ruedas; la vas a necesitar para el resto de tus días.

Olsen lanzó un chillido y se desmayó. Benn tenía ya la caja en las manos y miró al gigante con aprensión.

—¿Es cierto eso, Barry?

Golder se echó a reír.

—No. La herida es superficial, de refilón en un costado. Pero empieza en el centro de la espalda y he querido desquitarme del

miedo que me ha hecho pasar durante unos minutos —contestó.

—Sí, verdaderamente, pasamos miedo —convino el joven.

—Oiga, la idea de la «mamba» fue muy buena...

Riendo desaforadamente, se dirigieron hacia la salida. La recepcionista les miró con la sonrisa en los labios.

—Lo han pasado bien, me imagino.

—No, no te lo imaginas siquiera, muñeca —contestó Benn con notoria desenvoltura—. Por cierto, allá arriba hay tres hombres divirtiéndose. Déjalos un buen rato que se desahoguen, ¿eh?

La chica arrugó su nariz.

—Tíos asquerosos...

Benn ya no quiso seguir hablando. Ahora ya estaba resuelto el enigma, pero faltaba demostrárselo a su autor. Y ello no sucedería hasta el día siguiente.

* * *

La caja relucía sobre la mesa de despacho, cuando entró Norrie MacCombs, con aire jovial y ademanes desenvueltos. Ackles le estrechó la mano y le invitó a sentarse.

—¿Conoces a Patrick Benn, Norrie? Patrick, le presento a un buen amigo, Norrie MacCombs.

—¿Cómo está usted, señor? —saludó el joven.

—Es un placer verle otra vez, muchacho.

—A Myra ya la conoces de sobra —añadió Ackles—. Bien, Norrie, celebro que hayas acudido a mi oficina. Gracias anticipadas por ello.

—Sí, aunque me extraña que me hayas citado a estas horas, cuando el edificio está vacío...

—Estuviste aquí a la misma hora, cuando me entregaste la caja con los dos millones —le recordó Ackles.

—Bueno, pero no había nadie más, salvo la secretaria, afuera, Warren —contestó MacCombs un tanto irritado.

—No vas a decirme ahora que no confías en Myra ni en su prometido, ¿verdad?

Benn oyó aquello y estuvo a punto de saltar en su asiento, pero logró contenerse. Ackles, sonriendo, hizo un ademán.

—Aquí está tu caja —indicó—. ¿Quieres devolverme el recibo?

—Naturalmente —accedió MacCombs. De pronto, se palpó los bolsillos, como si le faltase algo—. Oh, lo he olvidado en casa... Mañana te lo enviaré sin falta, Warren.

—Claro, hombre. Anda, abre la caja; quiero que veas si todo está en orden.

—Gracias.

Ackles entregó la llavecita a MacCombs y éste la insertó en su sitio. Cuando levantó la tapa, vio los papeles en blanco y frunció el ceño.

—¿Qué significa esto? ¿Qué clase de broma pesada...?

—Es la misma que usted intentó gastar al señor Ackles hace algunas semanas, señor MacCombs —intervino el joven—. Se ve que los asuntos del

Heaven's

Gate no marchan como debieran, ¿verdad?

MacCombs, lívido, se volvió hacia el joven.

—¿Qué diablos sabe usted, maldita sea? —barbotó.

—Verá, estoy seguro de que su socia, Phoenix Armand, cuando usted le dijo que se encontraba con el agua al cuello, le sugirió una trampa para conseguir dinero con el cual sacar a flote el negocio del barrio residencial. Ciertamente, usted tenía fondos, pero no suficientes ni tampoco fácilmente negociables, quiero decir que ni las joyas ni los valores eran de realización inmediata y que, aun así, habrían sufrido una depreciación enorme, muy próxima al cuarenta o cincuenta por ciento. Entonces fue cuando, siguiendo los consejos de Phoenix, decidió usted estafar a su amigo. Pero, claro, necesitaba a alguien que robase la caja, para poder un día reclamarle los dos millones que supuestamente le había entregado.

»Phoenix tenía muchos conocimientos, debido a su profesión, de la que no vamos a hablar por el momento. También el

Heaven & Gold

pasa por momentos difíciles, y pensó que podía salir del paso mediante este golpe, pero cuando contrató a Harry el Araña cometió un enorme error. Cuando Harry se ponía en campaña, los tam-tames de los bajos fondos empezaban a funcionar.

»De este modo, Red Tom Olsen y sus muchachos se pusieron en campaña, lo mismo que los propios guardaespaldas de Phoenix. Harry había olfateado la trampa y no quiso entregar la caja, lo cual

fue su perdición. He llegado a saber que le pagaron una miseria por el trabajo y él quería más, pero lo único que consiguió fue una bala. ¿Lo va entendiendo, MacCombs?

—No —contestó el sujeto hoscamente—. No entiendo nada de lo que me dice, una sarta de mentiras...

—Aguarde un momento —pidió Benn sin alterarse—. *Madame Olympia* era una gran amiga de Harry, aunque éste viviese con otra mujer, y ustedes creyeron que Olympia sabía dónde estaba la caja. Como, por lo visto, no era así, la hicieron asesinar, por medio de Jack Sawndee, para que no hablase. Y luego, cuando las cosas se ponían cada vez más feas, usted supo que Phoenix trataba de engañarle también. Phoenix sí sabía dónde estaba realmente la caja que contenía las joyas y los valores, y usted decidió eliminarla, cosa que hizo desde el exterior de la casa, con una pistola que tenía silenciador.

—Suponiendo que fuese cierto, ¿podría demostrarlo? —preguntó MacCombs altaneramente.

—Estoy seguro de que lleva esa pistola en estos momentos. Pero, además, tengo otras pruebas... las libretas de los negocios muy privados de Phoenix, en las cuales figura su nombre numerosas veces, y también como copropietario del Heaven & Gold.

Cuando la policía haga la inevitable comparación balística, cuando lean las libretas...

MacCombs se puso en pie de un salto.

—No me atraparán —dijo, a la vez que sacaba la pistola—. Warren, díles a esos chicos que no se muevan. Tú también, quédate dónde estás. ¿Me has entendido?

Myra lanzó un pequeño grito. Ackles no pestañeó siquiera.

—No irás muy lejos, Norrie —dijo.

MacCombs se echó a reír.

—Tengo los dos millones todavía —contestó—. Puedo alcanzar la frontera antes de que sea demasiado tarde...

Avanzó hacia el teléfono y arrancó el cable de un tirón.

—No intenten seguirme —dijo.

De pronto, dio media vuelta y echó a correr. Benn esperó unos segundos y salió detrás del asesino.

MacCombs alcanzó el corredor y abrió la puerta del ascensor.

Dio un paso hacia adelante y emitió un agudo grito de terror.

El alarido descendió velozmente. Benn se detuvo, terriblemente impresionado por aquel suceso imprevisto. Unos segundos después, oyó el espeluznante ruido de un cuerpo humano al estrellarse contra el fondo del pozo, veinte pisos más abajo.

Entonces, Golder apareció por la esquina de la escalera, silbando con aire inocente. En la mano izquierda llevaba una maleta.

—Barry —dijo el joven.

—Parece que el ascensor estaba estropeado —contestó el gigante.

Benn guardó silencio unos instantes. Luego, Golder añadió:

—Yo apreciaba mucho a Olympia. Murió por culpa de ese individuo.

—Sí, Barry —contestó Benn cansadamente.

Dio media vuelta y entró en las oficinas desiertas. Golder le seguía con la maleta en la mano.

—Teniendo dos millones, ¿por qué se metió en estos jaleos? —masculó.

—Hay tipos que nunca tienen lo suficiente —repuso Benn.

Myra corrió a su encuentro y le dirigió una ansiosa sonrisa.

—Patrick...

—Estoy bien, no te preocupes.

Golder puso la maleta encima de la mesa.

—Señor Ackles, cuando vea a la señora MacCombs, entréguele esto. Le pertenece por herencia —dijo.

Ackles abrió la maleta. Dentro había una caja idéntica a la que habían encontrado en el Heaven & Gold.

—Patrick, usted tenía razón —dijo—. MacCombs me dio el «cambiao».

—Con la colaboración de Jack Sawndee —puntualizó Benn—. El autor del escándalo que le distrajo a usted unos minutos. —Se volvió hacia el gigante—. Barry, ¿dónde estaba la maleta?

—En el coche de MacCombs. Siempre la llevó consigo, supongo que como una especie de reserva de fondos, por si se le ponían las cosas cuesta arriba —contestó Golder.

—Yo me ocuparé de hablar con Lilian MacCombs —dijo Ackles—. Patrick, Myra, ¿cuáles son vuestros planes?

—Yo me marcho. Estoy despedido de la empresa —contestó el joven.

Y echó a andar hacia la salida.

Myra corrió hacia él.

—Espera un momento, hombre. ¿Qué prisa tienes?

—Caramba, empezaba a tomarme unas vacaciones, cuando me metiste en este jaleo... Necesito descansar una temporada, ¿comprendes?

—¿Por qué no descansamos juntos, Patrick? —propuso la muchacha.

—¡Myra! —se alarmó Ackles—. Hay cosas que no están bien, por mucho que la gente diga ahora que ya no importa...

La muchacha sonrió.

—Patrick es todo un caballero y no se negará a concederme su apellido —dijo.

—Esto es muy precipitado —rezongó el joven.

Golder le palmeó fuertemente la espalda, a la vez que lanzaba una estruendosa carcajada.

—Señor Benn, haga como cuando va a la piscina a nadar y el agua está un poco fría. Si empieza a pensárselo, acaba, por no mojarse. Debe tirarse de cabeza al agua, sin pensárselo. De otro modo, no se mojará... y hoy día, ¡se casa uno tan fácilmente!

Benn miró primero a la muchacha y luego a Ackles.

—Fitterman me ofrecía un buen puesto —dijo.

—Ni lo sueñes —contestó Myra—. Te quedas aquí, con nosotros...

—¿Está bien un mes de vacaciones y luna de miel, muchacho? —propuso Ackles.

—Voy a ver si encuentro un teléfono útil —dijo Golder—. Conozco a un pastor que puede casarlos esta misma noche. Usted, señor Ackles, se ocupará de avisar a su esposa.

—Sí, claro, ahora mismo.

Benn meneó la cabeza.

—Me has echado el lazo, mariposa —dijo.

—Ya no eres el vulgar insecto que creías —contestó ella—. En realidad, nunca lo fuiste, pero te valorabas en mucho menos de lo que eres realmente.

—Estaba un poco deprimido, la verdad. No había conseguido el

empleo que soñaba...

—Todo cambiará ahora —aseguró Myra ardientemente.

—Sin bola de cristal —sonrió él.

—Ya no la necesitamos, querido.

FIN



LUIS GARCÍA LECHA. Nació en Haro (La Rioja) en 1919. Con 17 años el destino le hizo alistarse como infante en el bando nacional de la Guerra Civil. «Van a ser cuatro días», le dijeron, «y conocerás mundo». Pero los cuatro días se convirtieron en tres años de guerra y para rematar la faena, ya con el grado de teniente de la Legión, lo mandaron al Pirineo. En Lérida conoció a la que fue su mujer Teresa Roig. Había que buscarse la vida y se decidió a ingresar en el cuerpo de funcionarios de prisiones en la cárcel Modelo de Barcelona. El destino quiso que en la prisión, cumpliera condena uno de los grandes de la literatura «de a duro», Francisco González Ledesma, «Silver Kane», con el que comenzó a colaborar, en principio por pura curiosidad. Pero la curiosidad se fue convirtiendo en pasión y el funcionario en escritor. La posibilidad de ganarse la vida como escritor le deciden a abandonar su trabajo de funcionario y consagrarse al oficio al que dedicó todos los días de su vida en jornadas de doce horas. Clark Carrados tenía que sacar adelante a su mujer y a sus cuatro hijos y se puso a la heroica tarea. A las seis de la mañana en la máquina de escribir hasta la hora de comer. Siesta y nueva sesión hasta la cena. Sólo así podía llegar a escribir las tres o cuatro novelas a la semana que le exigían las editoriales —Bruguera, Toray— que imponían a su cuadra de escritores unas

condiciones leoninas, de trabajo a destajo, sin sueldo, que convertían a los «escribidores» en auténticos estajanovistas de la literatura popular.

También ha sido autor de artículos de humor para los tebeos Can-Can

y D. D. T., de la editorial Bruguera y de numerosos guiones para historietas de Hazañas bélicas y de aventuras. García Lecha, un hombre introvertido aunque alegre, se enclaustró en su casa de donde apenas salía, construyó folio a folio una obra literaria en la que figuran más de 2000 novelas de todos los géneros, oeste, ciencia ficción, policiales, terror, etc. Utilizó los seudónimos de Clark Carrados, Louis G. Milk, Glenn Parrish, Casey Mendoza, Konrat von Kasella y Elmer Evans. Falleció en Barcelona el 14 de mayo de 2005.